

TAJO

REPORTAJES

SEMANARIO ILUSTRADO
Alcalá, 128 - Teléf. 58192
MADRID

60

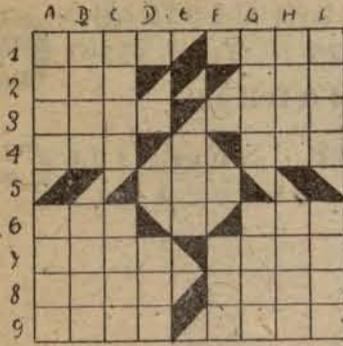
Año III - Núm. 126
24 octubre 1942

cfs.



ANTOÑITA COLOME.

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES: 1, Alga de fronda filamentosa (plural). Abutarda.—2, Célebre pastor persa. Poseedor.—3, Hijo de Isaac y Rebeca. Mástil.—4, Contracción. Cabeza de familia.—5, Río de Siberia.—6, Pandero con sonajas que usan los árabes. Pintor inglés.—7, Genio del mal entre los bárbos de Mindanao. Rey impío de Judá.—8, Al revés, derecho. Oficial del Ejército otomano.—9, Distrito de Rumania. Al revés, músico y compositor francés.

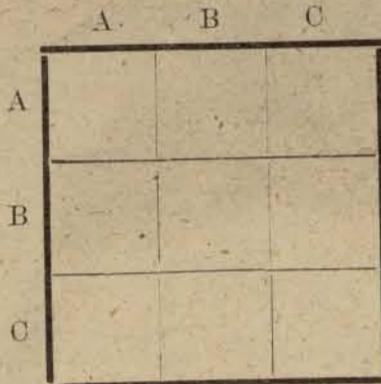
VERTICALES: A, Jurisconsulto y político uruguayo. Tacha.—B, Apariencia de las cosas. Adiós.—C, Demonios caldeos. Paño grueso de baja estofa usado en lo antiguo.—F, Primer rey cristiano de Hungría.—G, Sello que el sultán de Marruecos entrega a los gobernadores. Montaña de la tierra de Canaán.—H, Encargado de presidir y dirigir la oración del pueblo entre los musulmanes. Instrumento músico de cuerdas.—I, Municipio de Italia. Escritor y novelista húngaro.

SOLUCION

Horizontales: 1. Ovas. 2. Abutarda. 3. Isaac. 4. Mástil. 5. Obis. 6. Tacha. 7. Aspidochelone. 8. Al revés. 9. Ovas. **Verticales:** A. Tacha. B. Abutarda. C. Ovas. D. Mástil. E. Obis. F. Aspidochelone. G. Tacha. H. Ovas. I. Ovas.

Pasatiempos

PARALELO SILABICO



A.—Célebre médico griego.
B.—Estudiará.
C.—Pueblo de asturias.

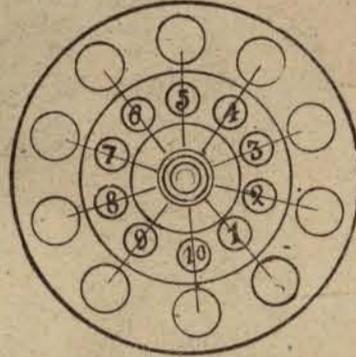
SOLUCION

A, Galeno.—B, Leerá.—C, Noreña.

DECORADO EXTRAVAGANTE

En el Tenduloin Club, de Nueva York, hay tres habitaciones muy curiosas: una está empapelada con 6.000 naipes, que se han utilizado allí en el juego; otra, con infinidad de programas de baile, de los que en varias ocasiones el Club ha dado, y otra, con billetes de teatro y corchos de botellas de champaña que han sido servidos allí en banquetes especiales.

CIRCULO SILABICO



1-10.—Manojo de flores.
2-4.—Le entregó.
5-10.—Unidad de peso.
6-7.—Trocito de carne.
3-7.—Astilla.
7-8-9.—Composición musical hecha para ser cantada por una sola voz.

SOLUCION

Radiotelegrafarías.

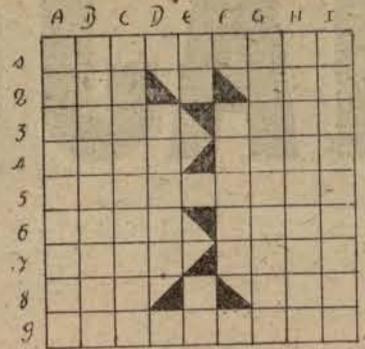
Solución al jeroglífico XXXVII:

Todo es relativo.

Solución al jeroglífico XXXVIII:

Un buen obrero.

CRUCIGRAMA



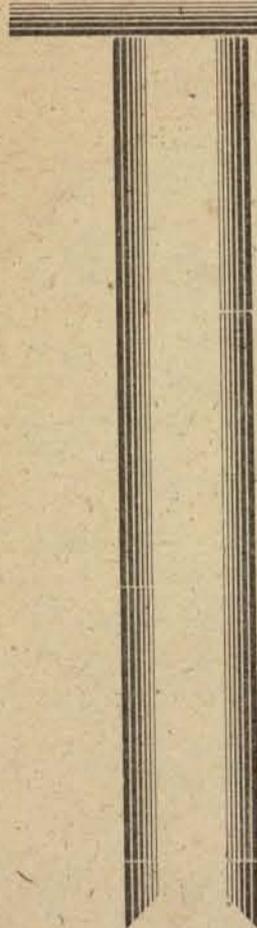
HORIZONTALES: 1, Famoso pintor italiano (plural).—2, Al revés, distrito del Japón. Interjección.—3, Cubri. Al revés, cualquiera de los cuatro dientes que muda el potro a los dos años y medio.—4, Letras de canefa. Toca con suavidad y blandura.—5, Personas que venden carne de contrabando.—6, Al revés, cara. Pueblo de Asturias.—7, Oficio eclesiástico cotidiano. Al revés, una de las encarnaciones de Vixnú.—8, Al revés, adverbio. Reza.—9, Serenarás de ánimo.

VERTICALES: A, Célebre matemático griego.—B, Manantial.—C, Golpes.—D, Letras de escrofulismo.—F, Aturde.—G, Blanquearemos con lejía la ropa lavada.—H, Intercalando una e, dícese de la mujer que pasando la juventud se conserva bien. I, Tomar una cosa en la mano para calcular su peso.

SOLUCION

Horizontales: 1. Petrarca. 2. Al revés. 3. Cubri. 4. Letras de canefa. 5. Blanquearemos. 6. Al revés. 7. Asturias. 8. Al revés. 9. Serenarás. **Verticales:** A. Matemático griego. B. Manantial. C. Golpes. D. Letras de escrofulismo. E. Aturde. F. Blanquearemos. G. Blanquearemos. H. Intercalando una e. I. Tomar una cosa en la mano para calcular su peso.

GARAGE FLODIE



Coches de alquiler Gran Turismo

SERVICIOS ESPECIALES PARA BODAS Y POBLACION

Travesía de los Trujillos, 3

Teléfono 17981

M A D R I D



EL BIEN Y EL MAL LUCHAN A MUERTE EN BOUGAINVILLE

DANZAS RELIGIOSAS Y RITOS MAGICOS DE LOS SALVAJES DE LAS ISLAS SALOMON

INDUDABLEMENTE, la guerra obra milagros. ¿Quién iba a pensar hace un lustro que un archipiélago insignificante perdido en la inmensidad del Pacífico pudiera acaparar la actualidad mundial? Sin embargo, así es. Las islas Salomón, no más importantes por su tamaño o riqueza que cualquiera de las innumerables de la Micronesia o Melanesia, son, desde hace ya

unos días, objeto de la mundial curiosidad. Sobre un escenario de árboles gigantescos, en los que trenzan sus guirnaldas las lianas, a través de los recios troncos de los gomeros y los "teks", las armas y el arrojamiento de los soldados japoneses disputan cruentamente la posesión de tan menguado territorio. No es la posesión de los recursos insulares lo que deter-

mina el encono de la lucha. La importancia de las islas Salomón estriba en que actualmente representan un eslabón de gran valor estratégico en el sistema defensivo del continente australiano. Pero no es mi propósito examinar los factores que han decidido la presencia sobre aquel suelo selvático de grandes grupos de contendientes cuyo número aumenta incesantemente, sino que quiero aprovechar la coyuntura que ha puesto tensa la atención universal sobre el archipiélago para mostrar algunas curiosidades de la vida en aquellos parajes, y principalmente ritos extraños a que se entregan los indígenas.

BOUGAINVILLE, LA ISLA VIGIA

De las islas Salomón, que el español Alvaro Mendaña de Neira descubriera a mediados del siglo XVI, es la mayor y más importante la de Bougainville. La isla tomó el nombre del navegante francés que la exploró,

dos siglos después de las correrías de los valerosos compañeros de Mendaña, los primeros hombres civilizados que visitaron la isla. Bougainville perteneció a Alemania hasta la postguerra anterior, en que, en virtud del Tratado de 1919, pasó a poder de Inglaterra, o más exactamente, al Dominio Australiano.

Sobre sus 10.000 kilómetros cuadrados de un terreno volcánico se eleva la cumbre del monte Balbi, máxima elevación y atalaya del archipiélago. Allí vive una población prolífica de salvajes, inasequibles a la civilización y hostiles al centenar de europeos que en vigilia constante pasan por el riesgo cotidiano de ser asesinados... y comidos por los isleños.

MAGIA Y DANZAS RELIGIOSAS

Estos hombres, mezcla de los caracteres mongólicos con los negroides, ofrecen la extraña peculiaridad de sus impresio-



grotescas figuras del Bien y del Mal, es decir, de Barong y Rangda. Los dioses, representados por los más estafalarios mascarones del mundo, son irreducibles antagonistas y luchan durante la ceremonia por apoderarse del alma de los fieles. Estos, sin cesar en la danza, saltan de un lado a otro para impedir que el Mal les posea y llegan incluso a matarse con el fin de verse libres del maleficio.

La ceremonia concluye con la victoria de Barong sobre Rangda, el cuerpo del cual, bárbaramente destrozado a golpes de "kriss", es transportado al templo en brazos de sus adeptos y fieles servidores.

El rito, practicado secularmente por los pueblos en estado primitivo, parece servir para aplacar la ferocidad natural de aquella raza selvática.

POVEDA DE CUENCA.

LABERINTOS DE AYER Y DE HOY

Los laberintos, que en diversos siglos han sido muy del gusto de las gentes, han tenido múltiples aspectos y aplicaciones.

Recientes son los laberintos contruidos con elementos arbóreos y florales. En el período de máximo esplendor de la jardinería francesa, los magnates se complacían en destinar una parte de sus parques a este género de ornato.

De los más famosos laberintos antiguos pueden destacarse el de Egipto y el de Creta. El primero se ha atribuido a Amenemhat III, rey de la XII dinastía.

Hoy día vemos la decadencia de tales construcciones en los divertidos laberintos verbéneros, que tan propicios a la broma resultan.

Pero el último tipo de laberintos es, sin duda, el de las palabras cruzadas. En todas las manos vemos este género de problemas, que ofrecen a la mente un descanso... con el trabajo que supone desenmarañar una pequeña composición tan laberíntica como sus antiguos modelos de Creta o de Egipto.

nantes ritos religiosos y mágicos. Poseen la primitiva visión dualista de que el mundo está entregado a los poderes contrapuestos del Bien y del Mal. El Ormuz y Arimán de los persas se llaman allí Barong y Rangda. Estas dos divinidades luchan en el mundo eternamente sin que jamás haya podido obtener la una supremacía sobre la otra.

La pugna divina se representa en sus juegos y danzas religiosas, en ceremonias donde intervienen los jóvenes de todos los poblados de Bougainville.

Muchachos y muchachas armados del terrible kriss, largo puñal en forma de serpiente, capaz de inferir heridas que producen la muerte fulminantemente, danzan alrededor de las





El Caudillo visita las distintas dependencias de la Academia de El Pardo.

El Ministro de Educación inaugura la Exposición de Otoño en el Retiro.

El público del fútbol en el intermedio del partido de los dos Atlético.

Las flechas de Barcelona, en la Academia de Isabel la Católica, ante el Caudillo.

Despedida de Marcial.

El público en las Carreras de Caballos.

(Fotos Verdugo y Contreras.)

ESTAMPAS DE LA SEMANA



ADIÓS A LA VENUS NEGRA

LO QUE NOS DIJÓ Y LO QUE NO NOS DIJO JOSEFINA BAKER EN UN CAMERINO DE LA ZARZUELA

ESPLENDOR Y OCASO DE LA DANZARINA DE PIERNAS DE EBANO

ERA como una flor exótica y ahora la Muerte la hace muecas en una sala triste y helada de un hospital de Marruecos...

Sus manos, que acariciaron tantas gemas y coronaban las sierpes de sus brazos en la veloz mímica de Terpsícore, se engarfiaban hoy sobre las sábanas de un lecho con número, privadas del calor de otras manos amigas...

Rió, triunfó y cantó para acabar en la miseria, abandonada y sollozante...

Danzas de Puerto Príncipe y de Jamaica; evocación de las "uled-nails" y de las bayaderas... Danza de millores en sus talonarios de cheques. Y danza de la Pálida, que la reclama con su sonrisa hueca y burlona.

La célebre Josefina Baker agoniza tuberculosa en un recinto de caridad de Casablanca. No lo ha recalado aún el telégrafo, porque se halla atreadísimo con la transmisión de nuevas bélicas... En otro instante menos turbulento la noticia hubiese obtenido honores de primera plana, con grandes capitulares y retratos a tres columnas. Hoy apenas un eco...

Estrella de los "music-halls" que se apaga. Como todas las estrellas,

hasta las que brillan en el azul firmamento y se extinguen después de milenios. Las de carne y hueso suelen terminar así: en fin amargo de rudo contraste con el loco oropel de su pasado...

¡Adiós, Josefina!...

SI; PERO AYER...

Fué la atracción cien por cien de París. De un París que acababa de cumplir sus bodas de plata con el siglo. Ya no existían los "bambinos", que, por una propina, mostraban los apaches emboscados, y estaban en desuso las "midinettes" de la calle Vaugirard. Las gentes se extasiaban con los reportajes de primera plana de Albert Londres; Francis Carco era el Gran Mufti de los cenáculos literarios; los "nuevos ricos" compraban aún los lienzos de Picasso y una fe patriótica confiaba en las zigzagueantes madrigeuras de topo de la línea Maginot...

Josefina, cual una Salomé más morena aun que la que exhibió ante Tetrarca la testa ensangrentada del Bautista, era el "clou" de los escenarios. Mandaba en los gustos una borrachera negra, con los emigrados del Harlem neoyorquino y los descoyuntamientos del "charleston"... Para que rabiasen las piernas blancas de la



Mistinguett ante esas otras piernas—con medias naturales de tinta—, que eran lo más bonito de Josefina Baker, tal que relámpagos de tinta en el cielo eléctrico de los escenarios elegantes...

Sí; pero ayer... Se decía aún: "Josefina" con el mismo tono de respeto a la popularidad que pudiera exclamarse a principios de siglo: la princesa de Caraman-Chimay, y, más tarde, el Aga Khan o Sir Basil Zaharoff, el mago de los armamentos... Ella era el ídolo de las multitudes, con su sonrisa blanca, de luna en cuarto creciente, triunfadora en un primer plano de betún...

"POUR SE RENDRE CHEZ"...

...Josefina Baker... Así decía una tarjeta plateada y satinada, a la manera de las estrellas de los Nacimientos, que orientan hacia el Portal "Villa Beau Chene", 52, Avenida Clemenceau, Le Vesinet. Teléfono 0.50". Y, en el centro, un plano del ferrocarril subterráneo, con la ruta hacia Saint-Germain. La Baker no se escondía para sus adoradores, precisamente...

Treinta minutos en el "Metro" de la llamada ciudad-imán y estaban ustedes junto a la "estrella". ¡Cuán poco cuesta un viaje al cielo, por lo menos en aquel pretérito inmediato!...

Josefina era, con su cintura del-

gada, como un huso, un producto del virus decadente de la Europa de ayer. Schopenhauer hubiese llorado ante esa gloria de un bello animalito de cabellos—perdón, no largos, cortos—e ideas limitadas al ritmo impuesto por las notas de la orquesta. Pero como los espectadores no eran filósofos, se contentaban con aplaudir...

JOSEPHINE ME DIJO UN DIA...

A ella gustábala esa ortografía netamente francesa: Josephine. Respetémosla para dar un capricho a quien tan pocos puede permitirse ahora. Y después, evoquemos...

La Baker vino a Madrid no hace todavía dos años. Y exhibióse en la Zarzuela, ámbito donde los públicos gustaron los números clásicos de Chapí, Barbieri, Vives, etc... La presencia de una "vedette" internacional es siempre un aguijón para esos buitres de la actualidad que nos llamamos periodistas. Por ello, nosotros—y no es autobombo—fuimos a visitar a Josephine.

Un camerino. El mismo, reducido y con paredes encañadas, que habrán visto ustedes tantas de esas noches en que hay que contarle a la esposa que un amigo íntimo sufrió un ataque de uremia. Al fondo, la Venus negra, imán de nuestros deslumbrados ojos. ¿Creen de veras que podemos narrar con exactitud de infor-



madores lo que nos dijo Josefina? ¡Si hubieran visto sus piernas de esculpida arcilla saliendo de la funda de una falda sabia y excitadoramente blanca!...

"Nací en San Luis, la ciudad de los 100.000 negros. Mis primeros recuerdos son para el Mississippi, medio oculto por los barcos cargados de algodón. Iba a la escuela a los cinco años y me gustaba estudiar Historia. Me encantan los bombones, las muñecas y los gatos, y en mi adolescencia me molestaba la Pavlova. A los dieciséis años me marché de casa. Debuté en Filadelfia. Después, Broadway.

"Mi canción preferida empieza: *Haití*... Pero como no tenemos orquesta no puedo continuársela. Vine a Europa a bordo del *Berengaria*. Con unos calcetines verdes visité el Arco del Triunfo y la tumba de Napoleón.

"He vivido varios años en París: rue Rochefort, avenida de Pedro I de Servia, calle Fromentin. Reñí con un empresario porque me gustaba albergar conejos en mi camerino, y una vez me visitó allí un príncipe, de incógnito.

"Juego al billar con mis ojos. Distiendo mis labios cuando me place. Camino sobre los talones si me acomoda y corro a cuatro patas si me parece bien. Mi plato favorito son los "spagetti" con pimentón, aunque no desdeño las "crêpes" al caviar. En la Nochebuena de 1926 ofrecí un árbol de Noël a los niños de los gendarmes de París...

"Mi amuleto es una pata de conejo, y si quiere usted que le hable de mi mejor recuerdo, le diré que una noche, yendo sola en Bruselas por la plaza de Namur..."

Eso me dijo Josefina, con su charla incongruente de lorito real y entre la pirámide de sus vestidos, con policromía de colibrí. No pude obtener nada más de sus labios carmineos enmarcados por facciones de Afrodita de color...

De madrugada, la vi ascender a su



automóvil, con una escolta de doncellas y de moscones de amor. Iba enfundada en un abrigo de armiño, semejando un adorable marabú. Y entonces, con menos amargura que hoy, la dije también: "¡Adiós, Josefina!..."

ABATINO Y BEPPINO

Existen unos seres que para los boxeadores se denominan "manager"; para los espectáculos de conjunto, "animadores"; para los prohombres, secretarios, y para las artistas ídolos del público son así como satélites de órbita indefinida...

Pepito Abatino ejercía cerca de la Baker este papel misterioso y anfibológico. Elegía canciones y números orquestales, contestaba cartas ardientes, administraba los accesos al camerino. Y era compañero eterno de la "vedette", cual el sello de la carta. Pero un día Abatino vióse derrocado por Beppino. Un italiano extraordinariamente guapo, el último y quizá el primer amor de la diosa de ébano. Malas lenguas dicen que no otro que él fué quien tuvo la culpa de la pérdida de la fortuna de la linda mulata cuando en las horas graves de un París vencido por el Reich hubo que escapar y se perdieron misteriosamente alhajas y documentos bancarios.

UN BESO DE LA ARGENTINITA Y UNAS LAGRIMAS DE LA BAKER

La Baker no lo quería contar. Mas, una vez...

Era en París, cuando la última Exposición Colonial mostraba las reproducciones de los edificios de Bangkok y la musculatura atlética de los moradores de Tananarivo. En el Casino había una gran fiesta a beneficio de los mutilados de la guerra del 14. Tres únicas artistas en las tablas: Raquel Meller, la Argentinita y Josefina Baker.

La Baker apareció con su clásica desnudez y su no menos clásico cinturón de plátanos. Veinticuatro rubias—¡oh, el contraste!—la rodeaban. Doce a la diestra y doce a la siniestra. Besó en la calva a todos los espectadores—mejor dicho, a aquellos que no tenían pelo—de las primeras filas, dejándoles sobre la piel reluciente a la manera de un paréntesis de carmín.

Se subastaba un beso—auténtico—de una de las tres "estrellas". El público era el encargado de pujar. Ganó la Argentinita. Muchos miles de francos. Muchísimos. Cuando el offeror, un caballero en todos los sentidos, iba a subir junto a las candilejas se hizo un silencio expectante. Pero cedió el puesto a su nietecita, que recibió en la frente, entre unánimes aplausos, el ósculo de la célebre bailarina y cantante española.

Y la Baker lloraba de rabia ante el triunfo del arte y la belleza de nuestra compatriota...



UN LECHO EN CASABLANCA

Hoy, todo ha pasado: gloria, inquietudes, luminarias, amor... Josefina agoniza en su humilde lecho del hospital de caridad de Casablanca.

Hace un año, cuando ya se había iniciado su ocaso, cierta admiradora la ofreció un ramo de flores. Y la Venus negra le dijo, suspirando: "¡Qué triste es envejecer!"

Tú no envejecerás, extraña ave del paraíso, que surcó los cielos de la fama. Aquella a la que no se nombra te dará muy pronto su abrazo de nieve...

¡Adiós, Josefina!...

Eras como una flor exótica, y ahora la Muerte te hace muecas desde las sombras de una sala que huele a desinfectantes...

LUIS ARDILA.

VINICOLA ESPECIAL

DE

CEFERINO SOTO

VINOS TINTOS Y BLANCOS
DE VILLARRUBIA DE SANTIAGO



SAN BERNARDINO, 7

MADRID

SEIS MILLONES DE ESCUDOS COSTARON LAS OBRAS DEL MONASTERIO DE SAN LORENZO DE EL ESCORIAL

HOY SE ELEVARIAN A UNOS MIL MILLONES DE PESETAS

A Jesús Cebrián, buen amigo y aparejador, que me habla, como nadie, de la impresionante arquitectura escurialense.

REFIERE la leyenda—nadie más—que hallándose en cierta ocasión el rey Felipe II examinando sobre el terreno, y en unión de arquitectos, aparejadores, maestros de obras y altos dignatarios de la Corte y séquito los planos de las ya comenzadas obras del monasterio de El Escorial, uno de los circunstantes—al parecer un embajador extranjero—, asombrado; quizá, por el carácter especial y extraordinarias proporciones del proyecto y advirtiéndolo, sin duda, la gran cantidad de piedra, ladrillo y otros materiales de construcción que se iban acumulando en las inmediaciones de la extensa superficie donde había de levantarse la fábrica, acercándose al monarca le dijo estas o parecidas palabras:

—Majestad, no puedo por menos de expresaros mi admiración y entusiasmo por la obra que proyectáis, que, de llegar a término, ha de constituir el asombro del mundo. Mas dándome cuenta por los planos y detalladas explicaciones de vuestros técnicos del volumen y singularidades del proyecto, séame permitido señalaros que en la realización completa de esta obra, posiblemente os sobrarán materiales, pero os faltará dinero.

Nada que sepamos contestó el rey Prudente a esta observación del extranjero. Con su prudencia habitual se limitó a sonreír al embajador, que siguió curioseando en los planos y diseños, como si tratara obtener de ellos el alcance de la voluntad del monarca español.

Y nada que tengamos noticia debió de influir en el ánimo y equilibradas previsiones de éste la advertencia del diplomático—a todas luces gratuita—desde el momento que las obras continuaron con el ritmo y celeridad de las primeras horas. Quiere esto decir que en el intento no faltó voluntad, no faltaron hombres—técnicos, artistas, artifices y obreros—y que el dinero no escaseó, no obstante la diversidad de los trabajos y de la cuan-

tía, riqueza y cualidad nada comunes de los mismos.

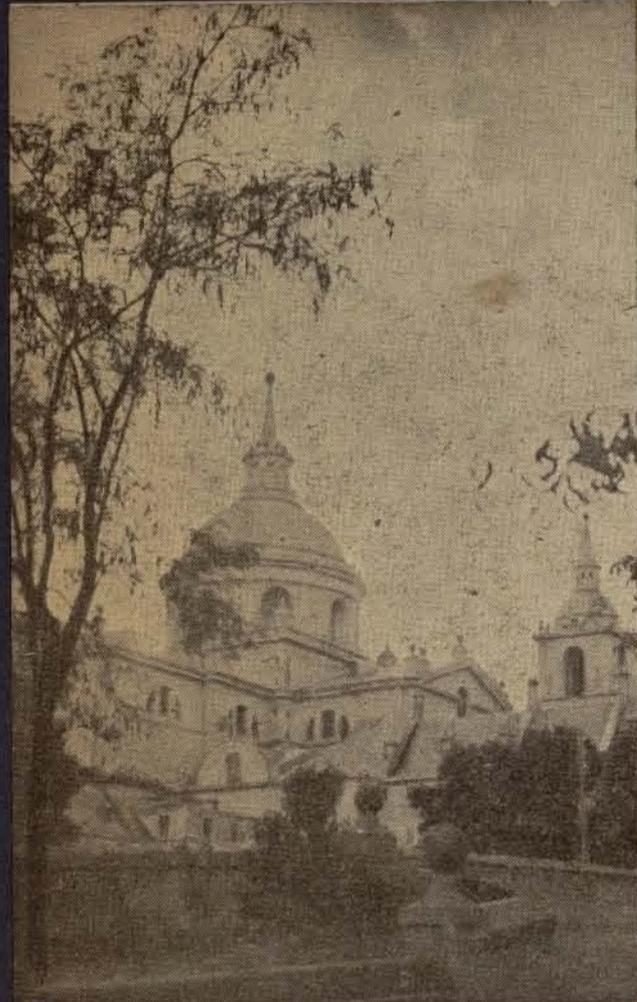
Claro está que las obras de la octava maravilla pudieron llevarse a cabo en un tiempo relativamente corto y sin irregularidades económicas merced a una sabia y perfecta organización, modelo en su época y ejemplar de las de su tipo en todos los tiempos y edades. Veamos a título de curiosidad y en líneas generales cómo estaban organizados algunos de los principales trabajos de las obras.

Al frente de todo—escribe el P. Zurbitu—el rey puso una *Congregación de la Fábrica*, compuesta por el prior, el veedor y el contador, de quienes dependía la resolución inmediata de todos los asuntos importantes. Los obreros estaban repartidos en cuadrillas, teniendo cada una su sobrestante, los cuales eran, a su vez, los encargados de prevenir los materiales y de preguntar todas las noches a los aparejadores dónde y en qué había de trabajar su gente al otro día.

La provisión de viveres para tanta muchedumbre corría a cargo del prior y contador, los cuales fijaban el precio de cada artículo, sin que se pudiera vender con otra tasa que la suya (circunstancia esta última que nos hace sospechar que en aquella época ya había cierta y malsana propensión al "estraperlo").

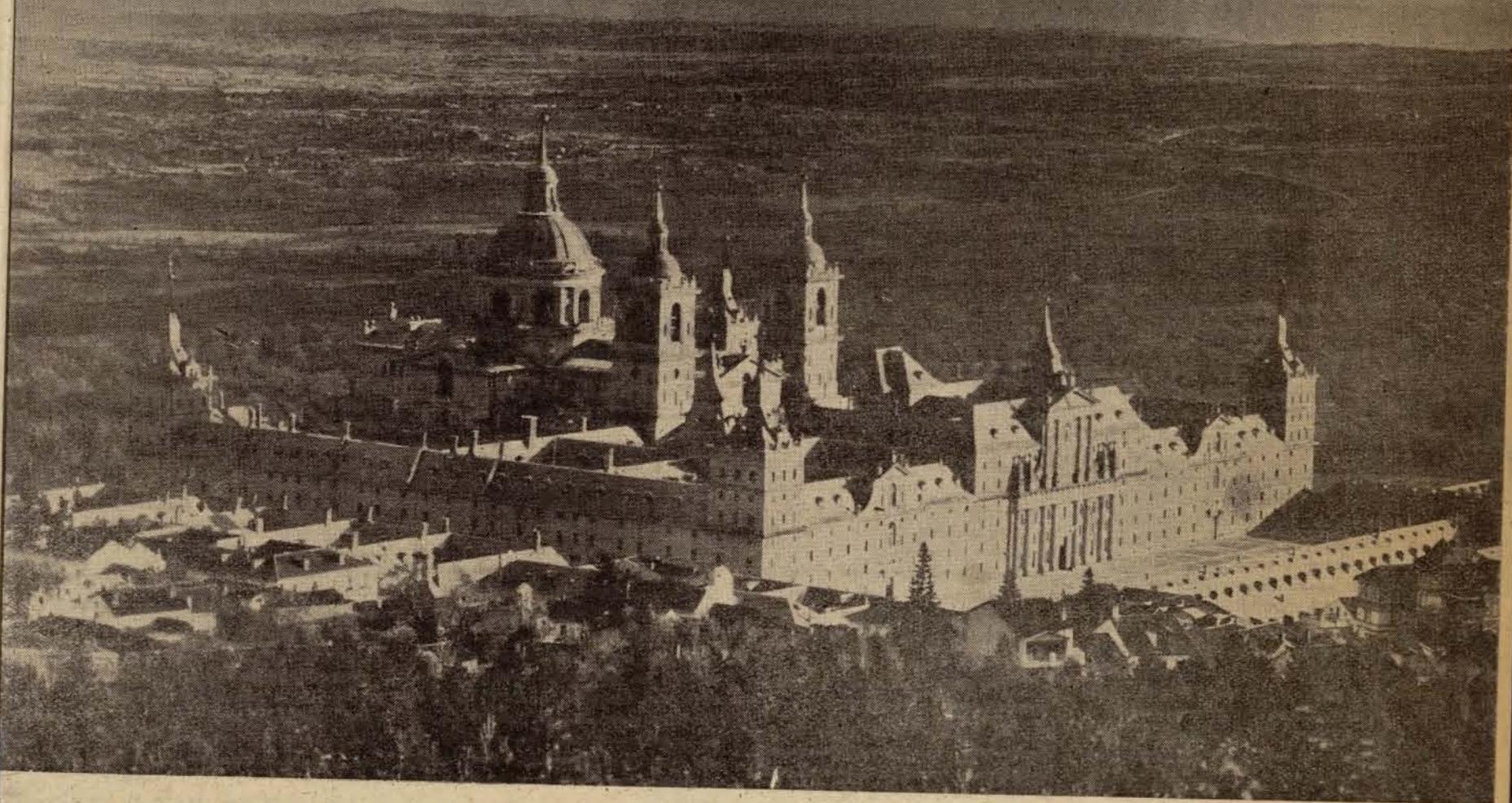
Los pagos de sueldos y jornales y de las cuentas en general—sigue informando el referido padre—se llevaban con escrupuloso cuidado. El libro de ingresos y gastos estaba repetido y tenía una copia el veedor y otra el contador, guardándose otro ejemplar del mismo dentro del arca del dinero, cuyas tres llaves estaban dos en poder de estos últimos y la tercera que conservaba el prior.

En pleno siglo XVI Felipe II estableció el descanso dominical e hizo que el pago de jornales fuera—contrariamente a lo que se viene creyendo—en moneda y nunca en especies. Fijó ocho horas de trabajo, cuatro por la mañana y cuatro por la tarde, autorizando se señalaran las más cómodas, según el tiempo y la época del año. Finalmente, y como detalle entre otros muchos de su



Escorial





especie que demuestra la perfecta organización a que aludimos, diremos que en las cercanías de las obras el rey ordenó se habilitara un hospital para obreros enfermos y accidentados.

Mucho se ha escrito y dicho en torno al pago de sueldos y de jornales, en lo que más de uno ha pretendido ver cierto sistema de mezquindad y pobreza. Nada más fuera de la verdad. "En el siglo XVI era mucho mayor el valor adquisitivo de la moneda; pagábanse a los obreros jornales mínimos en comparación con los actuales, y con ellos, sin embargo, podían adquirir sobradamente cuanto para su vida necesitaban", dice el aludido P. Zurbitu. Un aparejador, por ejemplo, cobraba siete reales de sueldo al día, con los cuales podía adquirir: dos libras de cordero o vaca, que le costaba un real; dos kilogramos de garbanzos, un real; medio litro de aceite, medio real; tres kilogramos de pan, un real; dos litros y medio de vino, medio real. Invertía, pues, en estos artículos de primera necesidad cuatro reales, restándole otros tres para todos los demás gastos, que por el coste de la vida cremos que aun podía ahorrar un real al día.

El jornal de un peón era de dos a tres reales diarios, y el del oficial llegaba a veces hasta cuatro. Es cierto. Mas veamos—sin dejarnos dominar por la nostalgia—lo que costaban algunas "cosas malas", que diría la picaresca:

Un buey, de 13 a 15 ducados (de 36 a 41 pesetas). Un puerco, cuatro ducados (11 pesetas). Una ternera, cinco ducados (14 pesetas). Un carnero, ducado y medio (cuatro pesetas). Una gallina, de dos a tres y medio reales. Cien huevos se compraban por un ducado (11 reales). La arroba de aceite, finalmente, costaba 12 reales. No eran, pues, tan mezquinos los jornales ni tan calamitosos los tiempos desde el momento que la familia de un aparejador, pongo por caso, que fuera medianamente económica podía adquirir en poco más de cinco meses un buey, y en una semana y media, una buena arroba de aceite.

Debido a una ejemplar organización, repetimos, las colosales obras del monasterio pudieron realizarse en poco más de veintidós años y con un gasto aproximado de seis millones de ducados (16.500.000 pesetas), cantidad increíblemente pequeña si el historiador P. Sigüenza nos asegurara que la comprobó minuciosamente teniendo a la vista "las cédulas y recibos de los contadores y pagadores".

Cantidad increíblemente irrisoria si se tiene en

cuenta, además, las proporciones descomunales de la obra realizada y la riqueza de incalculable valor que en ella se atesoró. Ahí, si no, están sus muros, sus tesoros artísticos; sus pinturas, sus tapices, sus libros y tapices, sus 15 claustros, 16 patios, 14 zaguanes, siete refectorios, 13 oratorios, 300 celdas, 86 escaleras, nueve torres, nueve órganos, 232 libros de coro, 73 estatuas, más de 1.600 pinturas, 2.673 ventanas y 1.200 puertas. A buen seguro que una obra de esta naturaleza—nos referimos, naturalmente, a las obras de la fábrica exclusivamente—hoy no se realizaría con 1.000 millones de pesetas, que son los resultados que nos han dado unos cálculos superficiales. Estamos seguros de ello.

Reanudando la leyenda del principio, dicen que vuelto a España el embajador que un día advirtiera a Felipe II que le iban a sobrar materiales y a faltar dinero para la terminación de las obras del monasterio, fué invitado por éste para que le acompañase a visitar los trabajos totalmente concluidos. Aseguran que el extranjero quedó atónito a la vista de tanta maravilla. Y advirtiendo hacia la mitad de la pirámide estriada que se levanta sobre la linterna de la gran cúpula una mancha brillante que al quebrarla los rayos del sol poniente cobraba áureos reflejos, se le ocurrió preguntar al rey:

—¿Y aquello, majestad?

—Ya véis—contestó el soberano con amable indiferencia—. Que para terminar las obras nos han faltado materiales y he tenido que sustituirlos con ese adoquín de oro macizo que véis.

La verdad no es ésta. La mancha brillante que se advierte en el lugar indicado es sencillamente una plancha de cobre de regular tamaño, dorada al fuego, en la cual, por encargo del rey, se grabaron al terminar la obra una cruz y algunas oraciones. Esta placa señala el sitio en que Felipe II mandó colocar una cajita con varias reliquias que, en intención del piadoso monarca, debían proteger su obra contra la fuerza destructora de los rayos.

De todas las maneras la leyenda no tiene ningún desperdicio. Con ella se acallaron las murmuraciones de los que decían que el hijo de Carlos V se había empobrecido para construir El Escorial.

Cuando vayáis al monasterio no dejéis de dedicar un piadoso recuerdo a fray Antonio de Villacastín. Pues si Felipe II, Juan Bautista de Toledo y Juan de Herrera, entre otros muchos, fueron la

voluntad, la inteligencia y el espíritu de la octava maravilla, el insignificante y para mí magnífico lego tuvo a su cargo la revisión total de las cuentas, lo que milagrosamente hizo que sólo se elevaran a seis millones de ducados, que hoy, ya lo hemos apuntado, representaría unos 1.000 millones de pesetas.

CARLOS BLANCO.



UNA NOVELA DE MISTERIO.

LA ISLA SUICIDAS

DE LOS

POR FH. CASTLE.

(Conclusión.)

ABRIÓ una pausa. Luego, continuó:

—Por otra parte, alguien de nosotros tiene una misión sagrada. Ahora nos consta: el Amo y el Delegado son infernales. No pido, a quien sea, delate su personalidad, pero sí que cuando me necesite, para lo que sea, me llame. Que en todo momento me encontrará.

El consejillo dictó normas de conducta a los voluntarios de la muerte. En la sucesión de las horas, una estrecha unión espació el bárbaro peligro.

Sin embargo, un día hubo de surgir lo definitivo. Un grito de la muchacha atrajo en volandas a sus compañeros, que irrumpieron a pesar de la resistencia terca, pero ininteligente de los hombres yertos, en el despacho del Amo.

La muchacha aún forcejeaba con éste cuando el Desfalcador entró en el cuarto. La acción fué rápida. Un formidable puñetazo tiró por tierra al loco. Y antes de que se levantara, aparecieron los compañeros del agresor por un lado, y el Delegado y cuatro esbirros de la Asociación, por otro.

La lucha no llegó a nacer: los defensores del Amo lucieron el frío argumento de las pistolas. Lo que puso punto y final al incidente.

Cuando se levantó el supremo jerifalte, el odio desgarraba ferozmente sus facciones. Hubo un momento en que se sintió el torvo aletear de los cuervos de la muerte.

—Pronto: llevadles a la mina. Mañana jugaré, ¡oh!, jugaré con vuestros cerebros. ¡Oh!, una ligera puncioncita y seréis unos muñecos. Muñecos hábiles, trabajadores del wolfrang, muñecos sin jornales ni horarios de labor. Y entre vosotros un hábil agente de la Policía internacional. Hábil hasta no descubrirse, pero qué importa. ¡Una ligera puncioncita en el cerebro! Y tú, muchacha, cuando seas una muerta en vida serás juguete de mis deseos. Pero te mostrarás bella como la justicia, como la justicia de los hombres. ¡Llevadles a la mina! ¡Y preparad el laboratorio!

Una carcajada satánica finalizó la orden.

—No me resigno a que nos matean como conejos.

Las palabras del Desfalcador sonaron viriles en la lobreguez del encierro.

—Ni yo a que dañen a Emma.

En la carátula humana del hombre destrozado se intensificó el horror. Desde que la muchacha en instante de suprema bondad pusiera la cari-

cia de sus manos en el seco pergamino del desgraciado, éste tuvo un norte de vida: ofrendar la suya en beneficio de la gentilísima.

—Ni yo a ser un fantasma de carne y hueso.

Era el Asesino quien rotundizaba.

—Sobra decir que yo opino como ustedes. Por eso les ruego, que en último instante se apiaden de mí y me liberten como sea. ¿Me lo prometen?

Un silencio penoso fué la afirmativa respuesta.

Otra vez sonó la voz del desfalcador:

—Faltan unas horas para que venga el diabólico Amo. Iniciemos algo. Aunque no vivamos sino minutos. Al fin y al cabo, todos menos uno pretendíamos el suicidio.

—Menos uno—murmuró el asesino.

—Menos yo.

La observación rotunda asombró enormemente a los tres oyentes.

—¡Usted, Emma!

—¿Es usted, muchacha, el agente internacional?

—Sí; les explicaré sucintamente. Desde hace tres años comenzaron a desaparecer sin dejar rastro personas de todas las categorías sociales; y en todas ellas había fehacientes indicios de suicidio. Se investigó, no obstante, sin éxito. Entonces, en la prensa de Boston apareció un anuncio análogo a los que ustedes leyeron. A los diez días hubo varias desapariciones en la capital. El hecho se repitió en Filadelfia, luego en Londres, más tarde en Montecarlo. Entonces el Mando de la Policía Internacional montó el servicio. Así se recogieron precisas informaciones. Cuando apareció en nuestra ciudad el anuncio que atrajo a ustedes, yo llevaba con un compañero las investigaciones oportunas. Dos días antes de la cita él enfermó de pulmonía. Y tuve que reemplazarle, so pena de perder el servicio. Sin embargo, tenía evidencia de que me acompañarían dos de ustedes. El desfalcador no contaba con él, porque en realidad no es más que un muchacho rico y neurasténico, que gustó probar la aventura. Esta aventura que le va a salir tan cara.

El ex Desfalcador, aun cogido de sorpresa, supo reaccionar a tiempo:

—Pero que me ha permitido conocer a la más bella, gentil, maravillosa muchacha.

Hubo luego un poema sin palabras, de afinidad emocional. Los dos jóvenes se unieron en íntimo abrazo. Después, vueltos los ojos hacia sus otros compañeros, habló ella:

—La estúpida obsequiosidad del Amo me permitió localizar en su palacete una potente radioemisora. Tras

grandes dificultades logré enviar un mensaje hace tres días. Confío, por tanto, lleguen a tiempo para socorrernos.

La puerta se abrió bruscamente, y en el marco iluminado aparecieron el Amo, el Delegado y los esbirros de la A. I. S.

—¡Pronto, fuera: ha llegado el instante.

Emma suplicó al muchacho:

—Raúl, mi vida es tuya...

El mozo se creció:

—No desespéres. Ya veremos.

Los voluntarios de la muerte surgieron a una galería. Extraña procesión inició la marcha. Al frente de aquella, tres armados esbirros de la A. I. S.; detrás, en escalones sucesivos, Emma y Raúl, el Asesino y el hombre de la carátula; cerraban ruta el Amo, el Delegado y otros dos esbirros, junto a una cerrada perspectiva de pistolas.

Era, en realidad, impresionante la escena: las portátiles lámparas eléctricas de los de la A. I. S. iluminaban poderosamente la galería. Y en las paredes de ésta las sombras de los personajes danzaban orates, como en gozosa presunción de bárbara tragedia.

Ninguno de los voluntarios de la muerte supo con exactitud el tiempo invertido en el extraño paseo. Sólo se percataron del concluir de ésta cuando los ojos, desorbitados ante el fulgor radioso de un apogeo de luces, descubrieron una inmensa y ambién subterránea sala.

La silente procesión se encaminó al centro de la sala. Allí triunfaba un pomposo, dominante estrado. A él subieron carceleros y cautivos. Y sólo entonces éstos captaron la bárbara, inhumana visión: hacinados, en espectral círculo, cientos de hombres de todas las edades, decenas de mujeres jóvenes clavaban su muerta mirada, gélida como la hoja de un puñal, en ellos.

De pronto, una carcajada demoníaca, bestial, rebotó en todas las aristas ciclópeas de la sala, para multiplicarse enorme, fragorosamente.

Emma no pudo resistir la escena: la alucinante visión de las bocas bellas de los ex hombres, abiertas en hórrida y hueca mueca jovial, la venció. Por eso el bello rostro de la muchacha buscó refugio en el hombro de Raúl, que la acogió amoroso y protector.

El ex Desfalcador giró la vista hacia sus camaradas de desventuras: tanto el Asesino como el hombre Carátula contemplaban, impasibles, la estúpida masa que reía, con risas sin cadencias ni tonalidades, a sus pies. La indudable serenidad de ambos le

confortó. Acaso no todo estuviera perdido. La posibilidad podía surgir en cualquier instante. Lo necesario era saber aprovecharla.

La voz del Amo, que tronó heroica, cortó el hilo de los pensamientos de Raúl. Y éste escuchó, atento y extraño, mientras que Emma, en instante de derrota, se apoyaba, angustiada, en el hombro del amado.

—¡Esclavos! ¡Escuchad la voz de vuestro señor! Como siempre la escucharéis: con ánimo expectante y corazón ardoroso. Porque os sentís plenos, felices, fecundos cuando yo os hablo, que no en vano somos la gran familia amorosa, el gran pueblo, el País Predilecto. ¡Esclavos, aplaudid!

Sólo la extraña actitud de aquellas marionetas de la vida, batiendo isócronamente sus apergaminadas palmas, logró abortar la risa de Raúl, florecida ante el absurdo discurso.

Pero el hombre Carátula dejó oír su voz con vibración escueta y cortante:

—Presidente, ¿quieres no decir más majaderías? Si con eso intentas impresionarnos, ahórrate cretinas alocuciones. No conseguirás nada, de cualquier manera.

Nació rotundo, imperativo, en los labios del Amo:

—¡Cállate! Yo te lo mando.

Los esbirros aferraron al hombre Carátula, que pretendía avanzar hacia su interlocutor.

—¡Majadero! ¡Criminal!

El Amo reía frenéticamente ya. Y con él reían todas las marionetas de su pueblo.

Cuando la manifestación de diabólico júbilo concluyó, el Asesino se dirigió al Delegado:

—Escuche. Le hablo a usted porque ese pobre hombre es demente. Acabemos la farsa: ¿qué pretende?

El Delegado cortó la voz al Amo. Para decir:

—Mis queridos asociados. El Amo, jefe supremo, sólo pretende el bienestar de su pueblo; un bienestar óptimo, sin preocupaciones, sin impaciencias, sin rebeldías. Para ello es preciso hacerlos una pequeña operación. A fin de transformarnos en unos más de esa masa que aplaude y ríe. Y que trabaja sin entorpecimientos, sin otro deseo y afán que laborar por la prosperidad y gloria de la Isla. Hasta que desaparece un día vencida por la actividad desarrollada, o se redime, al fin, renacida en una nueva personalidad, cien veces superior a esa vuestra estúpida de hombres.

Ahora la risa del Delegado tuvo una extraña fraternidad con la del Amo. Y los voluntarios de la muerte comprendieron que se hallaban prisioneros de la locura.

Volvió a surgir la voz del Amo, rotunda, imperativa:

—¡Pronto! ¡Basta ya de hablar con los esclavos! Atadles. ¡Oh, oh, oh! ¡Y una puncioncita en el cerebro, una ligera puncioncita en el cerebro! ¡Esperad!

El final cortó la acción de los esbirros:

—¡Esperad! Quiero hacer dos proposiciones a estos extranjeros.

Inquirió Raúl, la voz metálica:

—Habla.

—La primera, a todos: garantizo la vida y el regreso a quien me diga la personalidad del agente.

Raúl sintió que el corazón le latía sonoramente en el pecho. La denuncia podía surgir de labios del Asesino, o en último trance, del hombre Carátula.

Pero los dos voluntarios de la muerte sellaron sus labios, y apartaron su rostro a la mirada inquisitiva del Amo.

Tras dilatada pausa, en que Raúl descubrió confortada la serenidad en Emma, volvió a rugir el Amo:

—Bien; habéis firmado vuestro pase al no ser. No obstante, voy a decir la segunda proposición, que sólo concierne a la muchacha. ¿Quieres

ser mi mujer, Emma? Vivirás sin que nadie ose enlodarte ni con la vista, y serás la Reina de la Isla.

Emma se deslizo un instante de Raúl. Nuevas fuerzas juveniles determinaron la respuesta:

—Cien veces prefiero la muerte.

—¿La muerte? No; otra cosa peor, mucho peor, a la que os voy a lanzar ahora mismo. ¡Atadlos!

Antes de que los miembros de la A. I. S. ejecutaran las órdenes del Amo, un esbirro, que apareció corriendo, el temor y la sorpresa reflejados en el rostro, se acercó a éste. El conciliábulo fué breve, pero ter-

minante. En seguida, el Amo requirió la presencia del Delegado. La animada y nerviosa charla se reanudó. Algo que trascendía de ella incitó a los voluntarios de la muerte a seguir la interrupción con interés.

Así conocieron la grata nueva. Acababa de explicar el Amo a su ayudante:

—Ha aterrizado un tetramotor en el campo. Wau ha visto descender de él hombres armados con pistolas ametralladoras y bombas. Con seguridad los intrusos son de la Policía internacional.

—¿Y qué piensas hacer, Amo?

—Primero, operar a éstos. Luego, resistir, si es posible. En último caso, escapar.

—Date prisa, pues. Acaso vengan hacia aquí.

—Sin acaso. Hacia aquí se encaminan.

—¡Vamos! Entonces, actúa pronto.

—Un minuto. Serás mi ayudante. Aplicales el anestésico.

Los miembros de la A. I. S., armados ahora de extraños artefactos, se acercaron a los cautivos. Pero el ademán tuvo un rápido e inesperado epílogo: el hombre Carátula, enorme y soberbio en su hercúlea actitud, hizo presa en el primer individuo y lo lanzó como una catapulta sobre la masa. El retroceso y desconcierto de ésta y sus jerifaltes dictó a Raúl determinaciones:

—¡Huyamos! Por donde ha venido ese hombre.

No hubo necesidad de más palabras. Los voluntarios de la muerte saltaron del estrado, se abrieron paso a viva fuerza por el impresionante núcleo de hombres yertos, y se lanzaron hacia la dirección que indicara Raúl.

Este y Emma marchaban en cabeza; cerraban la retirada el Asesino y el hombre Carátula.

Allá en el estrado el Amo, repuesto de su sorpresa, gritaba:

—Cazadlos, cazadlos. ¡Ay de vosotros si se os escapan!

Los miembros de la A. I. S. llegaron a la boca de la galería de la mina cuando los fugitivos se habían internado ya en ella.

La carrera fué frenética. Raúl nunca pudo llegar a comprender cómo adivinó la salida entre el enorme laberinto de túneles que se entrecruzaban una y mil veces. La Providencia, sin duda, guió los pasos de los fugitivos.

Los voluntarios de la muerte corrieron como una exhalación, pero percibieron pronto que el enemigo, recuperado, se les venía encima.

El hombre Carátula, al doblar uno de los recovecos de las galerías, pronunció lo sublime:

—Sigán, procuraré detenerles el avance.

Emma venció su ímpetu:

—Amigo, usted con nosotros.

—No, señorita. Hay que frenarles. Luego me reuniré con ustedes. Raúl, siga con ella.

El nombrado dudó un momento. Pero la lógica se impuso a la emoción:

—¡Gracias! Sigamos, Emma. Tiene razón.

El Asesino reafirmó, ante la duda de la muchacha:

—No se preocupe, chiquilla. Adelántense ustedes. Yo me quedaré con él. Y afuera nos veremos todos.

Un emocional apretón de manos puso fin a la escena.

Instantes después, los dos jóvenes proseguían su huida y los otros dos voluntarios de la muerte cerraban con la suprema armazón de sus cuerpos el camino a los perseguidores.

Lo demás tuvo la duración de un relámpago. El Amo, en apogeo de vesania, en borrachera infernal, por el fracaso ingente, pulsó un timbre. Y la mina saltó al aire como un castillo de fuegos de artificio.

Cuando los miembros del tetramotor de la Policía internacional corrieron en auxilio de Emma y Raúl, la isla entera aun vibraba por la espantosa convulsión.

Y los dos voluntarios de la muerte, Emma, agente, y Raúl, ex neurasténico, acordaron apuntarse voluntariamente en la vida. En una vida que se abrió con magnas promesas.

FH. CASTLE.



EL EJERCITO ROJO

Fracasan sucesivamente los ensayos de organización

II

PARTIDAS ARMADAS

Durante los primeros meses del año 1918, el comunismo, que atravesaba momentos difíciles para mantenerse en el mando, empezó a crear su Ejército basándose en el voluntariado. Debido a la crítica situación de los soviets, que el más leve soplo hubiera bastado para derribarlos, más que un comienzo de Ejército era aquella organización una serie de partidas armadas para guardar los centros políticos, las cuales estaban integradas en su mayor parte por todos los detritus procedentes de un Ejército vencido en el campo de batalla y envenenado por las ideas disolventes, mezcladas con esa plaga de trotanaciones que hacen siempre su aparición en los lugares en los que el botín es una ley. La oficialidad que mandaba estas guardias se componía de revolucionarios, estando los grados en relación con los méritos adquiridos en las revueltas.

GRANDES DERROTAS

La primera organización militar revolucionaria, que si en el interior prestó a los soviets grandes servicios con los que se escribió la sombría historia del comunismo ruso, convirtiéndose en el látigo del Poder soviético, demostró su nulidad en los campos de batalla durante los encuentros habidos con los alemanes y checoslovacos en los meses de marzo, abril y mayo de aquel año. Las derrotas sufridas obligaron a pensar a los dirigentes rusos la urgente necesidad de estudiar a fondo el problema, y después de que una Comisión formada por autoridades en materia militar estudió el plan a seguir, se acordó abandonar el sistema del voluntariado.

TROTSKY, COMISARIO DE GUERRA

El Gobierno soviético se había trasladado a Moscú, donde seguía con ansiedad inquieta el movimiento antibolchevique que se iniciaba en Rusia y que dió motivo a que el popular almirante Stcharuy fuera acusado de traidor y ejecutado. Ante los numerosos actos antirrevolucionarios que se desarrollaban en todas partes y los continuos complots, y que el pánico hacía abortar, se decidió, en julio de aquel año 1918, organizar la lucha en los frentes exterior e interior. Para el primer extremo, Trotsky nombró un Consejo de guerra especial, constituido por algunos de los más conocidos jefes militares del asesinado Ejército zarista. En aquel primer Consejo de guerra figuraban personalidades tan destacadas de la Armada rusa como Lebedeff, Tsikhovitch, Parsky, Klimbovsky y Kouropatkine.

RECLUTA DE JEFES

No todos estos jefes fueron voluntariamente a formar parte de aquel Consejo. El general Lebedeff, autoridad máxima en cuestiones de movilización, ayudante del gran general Alexieff, llegó a su puesto desde el paredón de ejecución. Retirado del Ejército, a propia petición, días antes del golpe comunista, se retiró en Ruban, donde los rojos no ejercían más que una autoridad nominal; fué acusado de dejar entrar por su jardín a una partida de hombres armados y condenado a muerte. Cuando iba a ser ejecutado llegó una carta dirigida al reo; el que mandaba el pelotón de fusileros leyó el escrito, y al ver que era una carta oficial ofreciendo al condenado un elevado puesto militar, convenció a los fusileros que matar a aquel hombre podría acarrearles castigos cruentos, por lo que era mejor enviarle a Moscú. Así se hizo, y el general, ya en Moscú, hubo de aceptar el puesto que se le ofrecía para salvarse del martirio preliminar a la muerte.

UN GENERAL DE SETENTA AÑOS

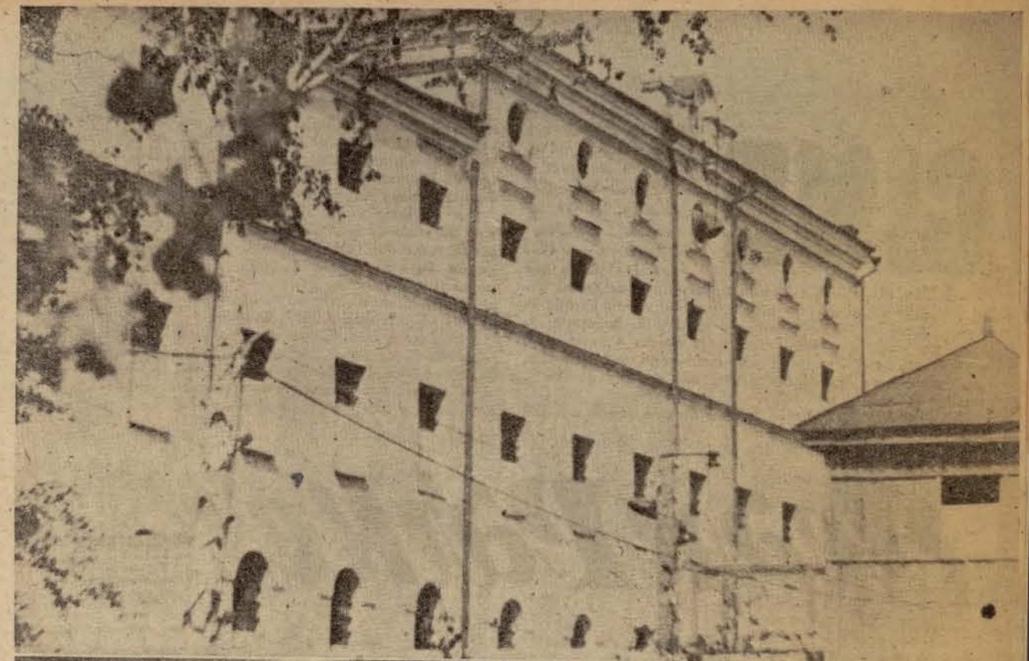
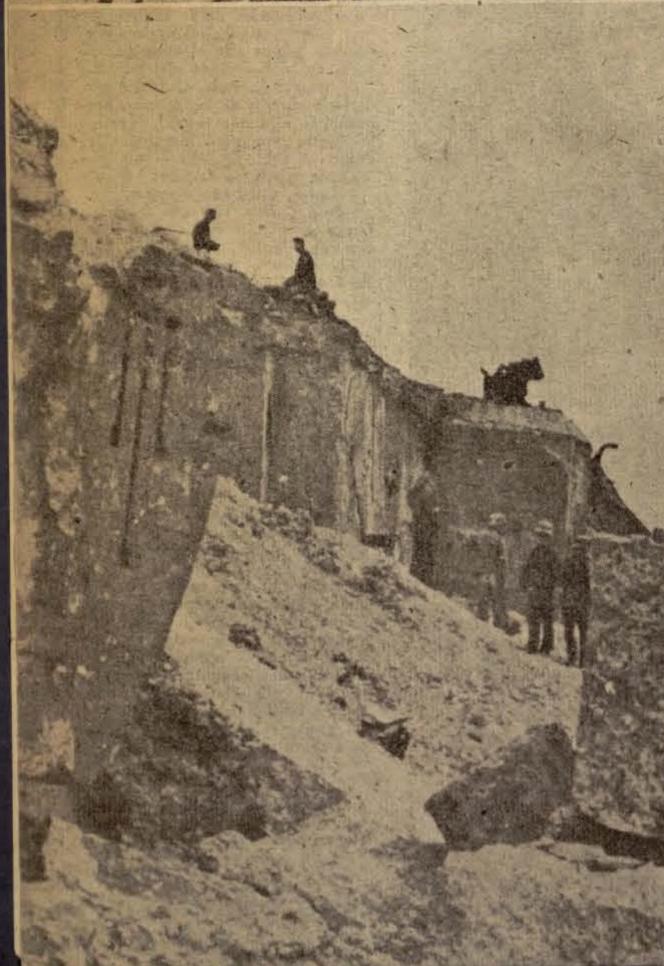
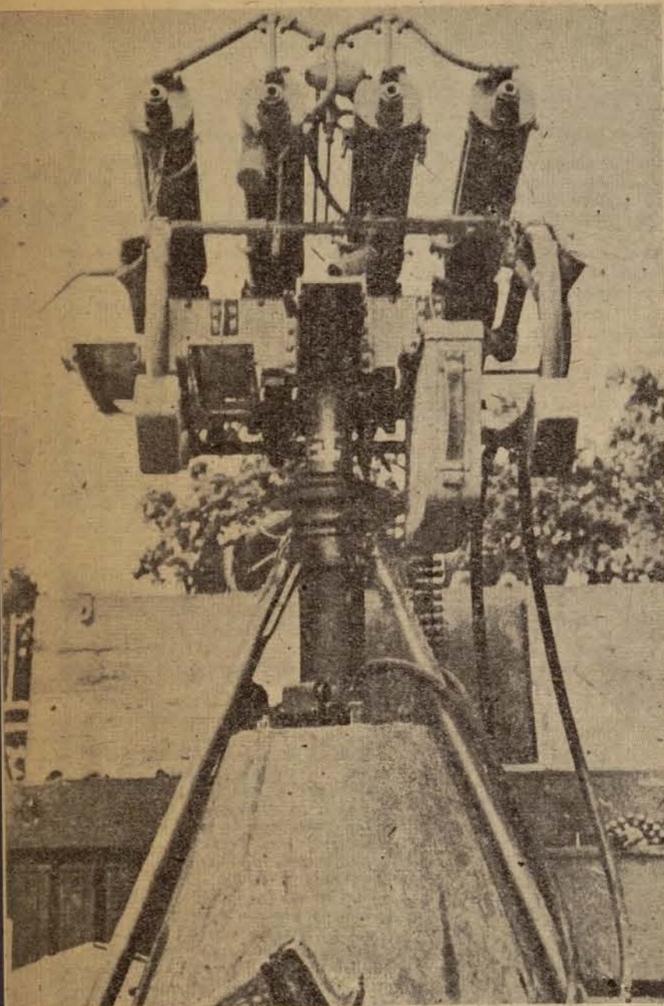
Otro caso curioso es el del general Kouropatkine, viejo de setenta años, que por haber sido despojado de su fortuna personal y de la pensión que percibía, ganaba su vida como escribiente en una oficina; detenido, se le obligó por procedimientos convincentes a desempeñar el cargo.

El general Parsky, nombrado por la revolución jefe del tercer Ejército en el frente sudoeste y detenido por negarse a parlamentar con los alemanes, fué conducido a Petrogrado, donde, al nombrarle jefe para la defensa de la ciudad contra el enemigo y temido ataque alemán, se le puso el siguiente dilema: ¿Tiene un general ruso el derecho a renunciar a la defensa de su Patria, aun siendo ésta bolchevique, contra un enemigo como Alemania?

El general Parsky aceptó, y de este puesto de comandante militar de Petrogrado pasó al Consejo de guerra.

El nuevo organismo militar comunista publicó una orden para los oficiales del antiguo Estado Mayor en la que se les ordenaba no poder renunciar las funciones que se les encomendaran, hizo un plan de movilización para formar 150 divisiones de todas las armas y llegó a formar un espíritu de 600.000 hombres contenidos en una férrea disciplina, que dejaba ver siempre la terrorífica "che-ca", impuesta, más que por la oficialidad, por los comisarios militares, organización policíaca encargada de imponer el terror en las filas.

(Concluirá en el próximo número.)



CINE

Jean Parker es una de esas estrellas del cine cuyo nombre es popular desde hace bastantes años, lo que hace que se le atribuya generalmente mucha mayor edad de la que tiene. Ello es debido a que la protagonista de tantas películas empezó su carrera muy joven. Lo cierto es que la fecha exacta de su nacimiento es la del 11 de agosto de 1915. De modo que echen ustedes la cuenta y verán que, a pesar del tiempo que ella lleva trabajando en la pantalla, continúa siendo una de las artistas más jóvenes de Hollywood.

Sin embargo, la brillante carrera de esta gentil estrella,

que ha participado desde su ingreso en el cine en más de veinte películas, con el papel principal, ha sufrido en estos últimos tiempos uno de esos eclipses tan frecuentes entre las luminarias del séptimo arte y el nombre de Jean Parker llevaba camino de perderse en el olvido.

Por fortuna, no ha sido así, y la actriz que debutara con *Divorcio en la familia*, vuelve a ser solicitada por los productores de Hollywood, iniciando de este modo la segunda etapa de su triunfal carrera, en la que no es difícil pronosticarle mayores éxitos que los ya obtenidos, porque ella se encuentra ahora en el momento mejor, en la plenitud de su juventud y de su talento.

Jean Parker se llama en realidad Jean Mac Green, y ha sido, antes que actriz, bailarina. Es oriunda de Deer Lodge, en el Estado de Montana, e hija del famoso dibujante L. A. Green. Sus padres se divorciaron cuando Jean tenía ocho años, y ella quedó, junto con su hermana, al cuidado

de la madre en Obregón, de donde salieron para establecer su residencia en Culver City, en cuya población la madre contrajo nuevo matrimonio con el escritor Henry Colvard, quien, dicen las crónicas, fué para la Parker un verdadero padre. La muerte del escritor dió un cambio radical en el rumbo de la vida de la muchacha, cuando ya ella había dado sus primeros pasos en el baile. La viuda, muy enferma, no tuvo más remedio que acudir a su primer marido, y éste llevó sus hijas a Pasadena, haciéndolas ingresar en la Unir Tech High School, donde Jean se distinguió por su inteligencia y aplicación.

Su carrera en la pantalla se inició gracias a otra célebre actriz del cine: Norma Shearer. Una foto de Jean cayó en manos de Ida Koverman, secretaria entonces del productor cinematográfico Louis B. Mayer. Norma Shearer contempló el retrato que le mostró la secretaria, e inmediatamente se percató de las grandes cualidades fotogénicas de la Parker.

Ya no paró Norma Shearer hasta conseguir el objetivo que se había propuesto, y que no era otro que el de que se sometiese a su protegida desconocida a una prueba, que resultó a satisfacción de todos, empezando a continuación su primera película, después de la cual habrían de venir otras muchas que la colocarían rápidamente en el pináculo de la celebridad, confirmando así los augurios de la veterana Norma Shearer.

Hoy, después de un corto paréntesis, la Parker vuelve a la pantalla cuando mejores frutos pueden esperarse de su talento y cuando su belleza ha alcanzado el nivel magnífico de su juventud esplendorosa.

Como por una pista lisa y fácil, Jean Parker se desliza otra vez por las sendas del éxito, y en las fachadas de los cines su nombre ilumina de nuevo la ilusión de sus admiradores.

Jean Parker VUELVE A LA PANTALLA



“EN EL PAIS DE LAS RANAS”

UNA PELICULA ITALIANA DE DIBUJOS

Ventitán dibujantes italianos, bajo la dirección de Antonio Rubino, que durante muchos años, con sus fantásticos dibujos a colores, divirtió a los lectores del *Corriere dei Piccoli*, trabajan en la reconstrucción de una fábula que será titulada *En el país de las ranas*. Esta película será el primer experimento italiano llevado a cabo en el campo de dibujos animados; y aunque se mantenga un cierto silencio respecto a su elaboración, se puede ya presumir que el éxito será grande, a juzgar por los buenos artistas que Rubino ha escogido como colaboradores suyos. El buen éxito de esta película servirá para alentar iniciativas más vastas en un género que ofrece al cinematógrafo italiano materia para bellísimos trabajos, considerando la gran fantasía y buen gusto de que disponen los dibujantes. Esta iniciativa no intenta sustituir la producción americana, sino más bien dirigir el gusto del público hacia un género de fábulas diverso del que la industria americana había terminado por imponer a las pantallas europeas.

LA FICHA BIOGRÁFICA DE ALIDA VALLI

ALIDA Valli no sólo es la más graciosa y admirada actriz del cinema italiano, sino también la más joven. Nació en Pola el 31 de mayo de 1921; su padre, de noble familia, era profesor en el Liceo y crítico de arte.

Su vocación hacia el cinematógrafo ha sido irresistible: cuando tenía sólo catorce años interrumpió en Como sus estudios de bachillerato y fué a Roma para inscribirse en el Centro Experimental de Cinematografía. Descubierta por casualidad entre las alumnas por el director Mario Bonnard, inició su carrera como protagonista en la película *El feroz Saladino*, a los diecisiete años. Adquirió inmediatamente las simpatías del ambiente cinematográfico. Su recitación retrasó por algún tiempo su carrera artística para perfeccionarse en todas aquellas sutilezas exigidas por el arte.

De todos modos, desde su primer trabajo, *El feroz Saladino*, Alida Valli había sido ya apreciada por los encargados de la producción, aunque el público no la hubiese conocido aún. Alida Valli es el prototipo de la pequeña "diva desconocida" por el público, cuyas cualidades han

sido sólo comprendidas por un inteligente productor que ha fijado en ella todas sus posibilidades. En el caso de Alida Valli, este productor fué Giuseppe Amato, que desde 1937, en cuanto ella terminó la película *La última enemiga*, la contrató para el film grotesco *Sono stato io*, confiándole más tarde la parte de protagonista en *El amor mío no muere*. En esta película Alida Valli demostró poseer, además de su jovial alegría, dotes especiales como actriz dramática, dotes que más tarde debían convencer al director Gallone a confiarle partes de importancia como *Manon Lescaut* y la de Vanina Vanini en el film *Más allá del amor*. En 1938 Alida interpretó *L'ha fatto una signora*, regresando luego con Giuseppe Amato, que buscaba un papel adaptable a su temperamento y que lo encontró finalmente en el film *La casa del pecado*. En ese mismo año Alida Valli fué contratada a largo plazo por la Italcine, e interpretó *Mil liras al mes*. Con esta película consiguió alcanzar su máximo éxito. Giuseppe Amato se apresuró a buscar aún otro argumento que le fuese todavía más adaptable a su temperamento, y con *Ausencia*



EL ACTOR Y EL CANARIO
Freyre de Andrade, el graciosísimo actor, se ha comprado un canario, y aquí le vemos escuchando entusiasmado los trinos del pajarito.

injustificada ofreció al público la mejor interpretación de Alida Valli. Desde aquel momento Alida Valli fué la benjamina del público y la "diva" italiana más popular. Es joven y alegre, la intérprete ideal de comedias brillantes y dinámicas. Dotada de una no común sensibilidad, ha conseguido resultados artísticamente profundos y duraderos.

Alida Valli, hasta ahora, ha interpretado las siguientes películas: *El feroz Saladino*, *La última enemiga*, *La casa del pecado*, *El amor mío no muere*, *L'ha fatto una signora*, *Ausencia injustificada*, *Mil liras al mes*, *Baile en el castillo*, *Manon Lescaut*,

Más allá del amor, *Pequeño mundo antiguo*, *Luz en las tinieblas*, *La amante secreta*, *A las nueve, lección de Química* y *Cadena invisible*.

Canciones de películas

LAMENTO INDIO

En la noche azul,
uh, uh, uh, uh, uh, uh,
cuando cantes tú,
uh, uh, uh, uh, uh, uh,
recuerda que sólo esperaré
con ansiedad
que el eco lleve a mi corazón
la voz del ideal.

Si respondes tú
al oír mi cantar,
la felicidad
no podré olvidar
al realizar
el sueño de amor,
será para mí
lo más seductor.

Rosa de pasión,
divina flor,
cerca de tus labios
siento el amor;
¡qué divino es
querer así
y entre tus brazos
poder vivir!

Noche de amor
bajo el cielo claro,
jamás olvidar,
tu cariño podré
y siempre así
te cantaré.

OTRA PELICULA DE LA GUERRA

Las películas de guerra que exaltan la continua y audaz labor de los combatientes italianos están obteniendo gran éxito en las principales ciudades de Italia. Después de Giarabub y Bengasi, se está preparando la película *Los cuatro de Bir El Gobi*, película que dará a conocer la gloriosa aventura de los jóvenes fascistas que combaten en Libia.

El film, dirigido por Romolo Marcellini, aparecerá dentro de poco en las pantallas. Se trata de una obra que narra la vida de la tripulación de una lancha antisumergible.





Tino Rossi, el cantor de la voz dulce y acariciadora, ahora tal vez su infancia, transcurrida en la pintoresca isla de Córcega, donde su padre era un modesto sastre.

TINO ROSSI

("VOZ DE MIEL Y DE LECHE")

GUITARRAS acariciadas por adolescentes... Isla de Córcega, "Ile de Beauté"... ¡Ajaccio!... Calle sin árboles, en Ajaccio, del Cardenal Fesch, cerca de la capilla Bonaparte, donde reposan los padres de un tal Napoleón...

Calle del Cardenal Fesch, en Ajaccio, repito, montante y empinada, bajo un cielo alto de terciopelo azul... Calle vibrante sonora, madura de gritos de chiquillos, de carreras de madres asustadas...

En el número 43 de esa calle popular del Cardenal Fesch, en Ajaccio, Córcega, "Ile de Beauté"—calle por donde corren siempre los chiquillos—, un rótulo ancho atrae hoy la atención del viajero: "Rossi, Tail-

leur"... (Y es la pequeña sastrería de Laurent Rossi, el padre de Tino.)

Entonces Tino, aún se llamaba Constantino, y su padre—el señor Laurent, sastre—fumaba en pipa por las noches, paseándose del brásete, con su mujer, sobre el "corso"...

El padre de Tino era modesto y regular, sociable y trabajador. La madre de Tino, una buena mujer, ardiente y sombría...

De este enlace mediterráneo—Laurent e Isabel—nacieron ocho hijos. Y porque nacieron ocho hijos en este enlace mediterráneo (el hombre modesto y la mujer ardiente), la madre de Tino obtuvo, hace ya veinte

años, la medalla de oro de las familias numerosas.

Las gentes a quienes concede el Estado la medalla de oro de las familias numerosas son, en general, gentes pobres, humildes... Imagínense ustedes, pues, lectores, los "equilibrios" que tendría que hacer el buen señor Laurent Rossi para nutrir y educar a su patulea...

(Hoy todo está milagrosamente resuelto... Las tres hijas—Isabel, Rosa y Nina—, casadas. Los cuatro hijos que viven—el quinto se murió—, colocados: José y Toto son dueños de un bar en París. Dominico cumple ahora su servicio militar y será, después, pastelero... En cuanto a Constantino...)

Al señor Laurent Rossi, "tailleur", le sacaba de quicio su hijo Constantino.

Constantino aprendió a cantar a los seis años, acunando a su hermana pequeña. La pequeña fué "sensible" a su voz... Y desde entonces sintió Constantino que le nacía una fuente de voz en la garganta... y desde entonces también sufrió Constantino su dolorosa aspiración al canto...

Por la calle de Fesch, soleada y sonora, vibrante de gritos infantiles, corrían sin cesar las esbeltas piernas del pobre Constantino, dentro de sus negros calcetines cortos... ¿A dónde iba el chiquillo?... ¿A divertirse, haciendo diabluras, con otros de su edad?... ¡No!

Constantino iba siempre hacia la "courette", hacia el patiecillo, donde sentado en una silla baja, acunaba, cantando, a su hermanita Rosa, de seis meses...

(Porque Constantino gozaba cantando de una muy casta felicidad.)

En la noche... En la noche su voz



En esta escena de una de sus primeras películas realizadas en Francia, Tino Rossi aparece rodeado de bellas mujeres. La realidad se asemeja mucho a esta escena...

se elevaba contra el quicio gris de las puertas de la sastrería, revelando así su presencia: el trajecito negro, modesto y gastado, y la boina minúscula...

Ya hemos dicho que a Constantino Rossi le había brotado una fuente en la garganta... El agua de esa fuente, su voz, líquida, caliente e íntima; voz de miel y de leche, pura y dulcemente modulada, enternecía de amor a los vecinos. Todos escuchan. Y alguien dice: "Es el hijo de Rossi..."

...Porque entonces Constantino era aún "el hijo de Rossi..." (como hoy su padre es el "padre de Tino"). Un hijo, por cierto, ni muy inteligente, ni muy vivo, ni muy dócil...

El niño crecía cantando, como el mar, entre el conjunto de sonoridades de la calle Fesch... Su padre se desesperaba..., menos cuando fumaba en pipa, paseando como un burgués con su mujer sobre el "corso".

"Constantino no es serio. Constantino tiene malas notas en el colegio. Constantino no piensa sino en cantar todo el día. Y yo no creo que nadie puede ganar su vida cantando canciones corsas."

(Como ven ustedes, solamente el padre de Tino era "insensible" a su voz.)

A los diez años, una tarde, al volver del colegio, se plantó el chiquillo delante del señor Laurent para afirmarle decidido:

—Papá..., ¡yo seré "cantor"!

(El señor Rossi meditó un momento... y luego le propinó un sopapo.)

Constantino bajó los ojos y frunció las pestañas.

—¡Yo seré "cantor"!

—¡Márchate!

—Pero...

—¡Te hé dicho que te marches!

Ya no canta Constantino para acunar a la pequeña Rosa... Ahora tiene él once, doce, trece, catorce años, y canta ya para las amigas de sus hermanas..., y al pasar bajo los cristales de las muchachas en flor... y, sobre todo, canta para sí mismo..., porque siente dentro de sí la oscura "presencia" de la voz... Su padre murmura en los rincones:

—Terminarás cantando por las calles, como un mendigo...

Pero Constantino se ríe... El sabe ya lo que quiere. Mejor dicho, él sabe ya lo que no quiere. El no quiere ser "tailleur" como su padre. El aborrece un oficio, para servir al cual es necesario encorvar la espalda todo el día... El es un lindo adolescente moreno, de dieciséis años... El sabe que es un lindo adolescente moreno, de dieciséis años..., ¡y que tiene "derecho a vivir"!

Deseoso de misterio e indolencia —cabellos negros, profundos e insondables, como los lagos en invierno, y dientes "éclatants"—, Constantino va abandonando la calle Fesch... por el puerto. Por el puerto, en donde canta, juega y ríe entre el aire fuertemente salino, con sus nuevos amigos los pescadores, vestidos de azul. Por el puerto, desde donde deja que a veces se ahogue su negra mirada en el mar. Por el puerto, en donde su voz "adquiere ya la misma suavidad líquida que la sombra perfumada"...

Pasa Cupido... y lanza, a ciegas, una flecha... Con las manos cruzadas sobre las rodillas, Constantino canta, noches y más noches, canciones de amor a un dulce perfil rubio, apenas entrevisto en el hueco de una ventana... Pero Constantino, indolente e

irregular, carece de gracia, de vivacidad... y de inteligencia... "La bella" no "es sensible" a su voz, y al descubrir el "personaje" real que oculta su cantor, desaparece para siempre tras la sutil cortinilla de gasa verde...

Constantino, indolente e irregular, se sobrepone pronto a este pequeño fracaso sentimental. A él le basta tener cerca la voz y a lo lejos el mar... Le basta la "Bellezza"... lo que él entiende por "Bellezza"...

Mientras, nostalgia, indolencia, melancolía y pasión avivan sin cesar sus deseos de un otro "algo", misterioso, desconocido y excitante...

Sigue cantando entre esos duros arcángeles azules que son los pescadores. Sigue su padre ordenándole: "¡Márchate!", cada vez que él le habla de sus aspiraciones artísticas.

Y él se marchó, en efecto, tan pronto como pudo...

Un buen día, Constantino Rossi abandona "la isla" y se pone en viaje para Aix...

En Aix-en-Provence encuentra Constantino muchos estudiantes amigos. Pero Constantino, que no fué nunca un niño dócil, no es tampoco ahora un estudiante dócil. Así pierde su tiempo cantando en los cafés...

Y una noche le escucha, en una fiesta de estudiantes, "Petit Louis"...

"Petit Louis", que descubrió a Tino, es un personaje singular, absurdo y extraordinario, del mediodía, en Francia: autor, actor, animador, "metteur en scène", productor, empresario...

"Petit Louis" "sensible" en seguida a la voz de Tino, le anuncia categórico:

—Yo quiero que te oiga un profesor.

El profesor, un hombre inteligente, se "dió cuenta"... (¿Para qué pedirle peras al olmo?...)

Y Constantino Rossi —patrocinado así por "Petit Louis"—debutó ante el público como "tenorino", en un misterio religioso (nacimiento), la noche de Noël, en Provenza...

Pero Constantino Rossi, que no era ambicioso..., porque no era inteligente, tuvo una vez inteligencia y ambición al mismo tiempo... Vino a París buscando "la consagración definitiva"...

En París pasa primero la época amarga de las "vacas flacas": figurante en cine, cantante a ratos perdidos... Al fin, consigue que le contraten —como "boy", ¡sin cantar!— en el Casino. Después en el "A B C". Pero tales contratos no traen nunca

ni dinero, ni alimento, ni fama... Y Constantino Rossi hubiese continuado su vida triste y su hambre oscura, si no fuese porque Jean Bérard comprendió, al oírle, todo el partido que se podía lograr de su voz en discos de gramófono..., y esta comprensión providencial de Jean Bérard, nada más que esta comprensión providencial de Jean Bérard, fué para Constantino Rossi la gloria, la fortuna y la fama...

Una fortuna basada en montones de discos, en montañas de discos, en centenas de miles de discos...

La luz se convirtió de pronto en llama.

Constantino Rossi era ya Tino Rossi.

Su padre—que fumaba la pipa, viudo, sobre el corso—era ya "el padre de Tino"...

("Terminarás cantando por las calles, como un mendigo...")

La realidad depara algunas veces los sueños mejores... (Desgraciadamente, "algunas veces" nada más...)

París. Está lejos, muy lejos, el cielo alto de Córcega... No se oyen desde aquí las guitarras acariciadas por los adolescentes... Pero ¿qué importa? Tino Rossi es un hombre hecho de dulce sensualidad: voz de miel y de leche, de tristeza y de amor... y porque la voz de Tino Rossi es una voz perdida de amor y de tristeza despierta tantos ecos en el pecho del público de cualquier latitud...

Tino Rossi posee, físicamente, con su voz al auditorio... ¿Sentimentalismo? ¿Amor? ¿Histeria? Vaya usted a saber... Pero el caso es que Tino Rossi no varía casi de palabras: en radio, "sketches" y "films" canta siempre las mismas canciones de amor..., y a pesar de que canta siempre las mismas canciones, el público —alma femenina— sigue "ofreciéndose", sigue dejándose poseer por su voz líquida, caliente e íntima...

"Voz de miel y de leche, debuta sobre una escena en un papel mudo; pero el milagro de su éxito consiste en que hizo soñar de amor a sus auditores." Es cierta la apreciación de "Petit Louis".

Y aquí queda ese hombre demasiado amado, enamorando al público con su voz... y quizá, quizá también con su sonrisa, muy dulce, entre los dientes "éclatants"; con sus cabellos engominados, y, sobre todo, con sus ojos... Con sus ojos negros, profundos..., como los lagos en invierno...

E. QUIROGA Y DE ABARCA.

(Prohibida la reproducción, aun que sea parcial, de esta información.)



La venta de los discos grabados por Tino Rossi ha batido, en Francia, todos los records. Su voz lo llevó triunfalmente a los escenarios teatrales y al cine.

ESTRENOS

LA PAREJA INVISIBLE SE DIVIERTE.—Cine Callao.

FICHA

Productor: Hal Roach.
Director: Norman Z. Meleod.
Intérpretes: Roland Young, Constance Bennett, Billie Burke, con la colaboración de Gary Grant.
Distribución: Films, S. A.

Es difícil mejorar el pasado cuando el pasado está henchido de aciertos. Y suele ocurrir que cuando el hombre siente la tentación de abordar un problema, ya tratado con éxito por otros hombres de mérito, casi siempre el fracaso suele ser el premio a la audacia, o al noble intento. Y decimos esto porque nuestro pronóstico previo—al borde del estreno de *La pareja invisible se divierte* en la suntuosa sala del cine del Callao—estaba repleto de temores y sentíamos el escozor de asistir a un fracaso. Cuán equivocados estuvimos. No sólo no se vislumbró el fracaso en una sola escena, sino que, por el contrario, fué el triunfo rotundo el que hizo su aparición desde el primer plano.

La pareja invisible se divierte es una deliciosa película, en la que la intriga y lo episódico se exhiben en la pantalla a horcajadas de un humor fino y una técnica insuperable. Aparte de una inigualable originalidad en alguno de sus planos, como aquel del medio perro, que tan gratamente acogió el público.

El asunto, en sí, no interesa. Es película de dirección, de técnica y de interpretación. Y en los tres aspectos el triunfo es rotundo. La cámara y la presentación no desmerecen un solo instante. Y tras de esto, el éxito rotundo, el haber abordado un asunto y una técnica que habían sido realizados magistralmente con anterioridad.

Roland Young se muestra un magistral actor, pleno de matices y muy expresivo en la sobriedad de su gesto, y muy elocuente y sutil en su gracia espontánea. Constance Bennett es la deliciosa actriz, de fina interpretación y buen gusto, que tanto agrada al buen público. Muy bien, Billie Burke en ese difícil papel de ingenua-tonta que tan admirablemente realiza.

La pareja invisible se divierte tenía una misión y la ha cumplido fielmente. Por un lado, divertir al público; por otro, superar una técnica difícil. Y el éxito es mayor porque se realizó todo plenamente y sin esfuerzo.

FERNANDO LUIS.

LA CORONA DE HIERRO.—Cine Avenida.

El cine italiano se orienta por cauces netamente acertados. Pueblo de gran historia, no puede sustraerse, en estos momentos, a olvidar aquellos tiempos que la hicieron grande y famosa en el mundo.

Blasetti y Renato Castellani han realizado un argumento original. La historia y la leyenda se conjuntan en esta película en una gama de verdaderos aciertos. Hay odios, luchas y amores por doquier, y sobre todo hay la acertada expresión de una época y unos tiempos que, en el fuerte choque de los acontecimientos, basaron su existencia y mantienen su recuerdo.

Alejandro Blasetti—triunfador en *Héctor Fieramosca*—repite el intento de su cine de masas—espectacular y suntuoso—a la manera de Cecil B. de Mille—y consigue un verdadero éxito, ya que en *La Corona de Hierro* todo es un pleno alarde de suntuosidad y grandeza. No se escatiman medios, por caros y difíciles, y hay planos de una fidelidad y una riqueza técnica—derrumbamiento del Valle de los Leones, peleas en la Plaza de Kindaor—que colocan a Blasetti entre los buenos directores. La película tiene honda emoción, ambición lograda, y se mueve y conjunta acertadamente.

Uno de los motivos de triunfo es la interpretación. Lina Férida, hermosa, con brutal—muy humana—manera interpretativa. Gino Cervi, muy acertado y exacto siempre. Elisa Cegani, muy propia en su romántica manera de sufrir. Muy oportuna, la graciosa interpretación de Máximo Gironi, y magnífico, Oswaldo Valenti.

F. L.

ADORABLE INTRUSA.—Capitol.

He aquí una película que por encima de todo tiene una cosa: gracia. La intérprete, Judy Can-



PARA CURAR EL CATARRO

Antofilita Colomé asegura estar acatarrada, y el director Eusebio Fernández Ardavin le proporciona una medicina capaz de reanimar a cualquiera.

va, es una mujer fea, pero es una actriz deliciosa, atractiva, simpática. La película es ella, y los defectos desaparecen a su conjuro. Su interpretación personal es ella, y apenas si cabe decir otra cosa. Es mujer que expresa una vida íntima, tan poderosamente sentida, que en su interpretación asume el poder magnético de hacerse con el público casi sin esfuerzo. No hay apenas asunto ni apenas nervio de acción, pero hay una presencia—la de Judy Canova—que todo lo absorbe, todo lo llena y en todo triunfa.

F. L.

CORAZON DE FUEGO.—Imperial.

Hispania Tobis presenta en la sala del Imperial su primera gran película. ¿Quién ha dicho que el amor lo es todo? Parece que no es así. El estreno de *Corazón de fuego* ha venido a demostrar lo contrario. En ella, el amor es secundario. La trama gira y se desenvuelve alrededor de la intriga y el espionaje, en las luchas centroeuropeas del siglo XVIII. Y si queremos ser más exactos, diremos que la película, con su ambiciosa presentación, con su acertada dirección, con la fidelidad acertada de la época y del choque intenso de la historia de aquellos días, es un actor y una interpretación. Hans Albers, al frente de su regimiento de "Panduros" austriacos, es toda la película. Lo demás son medios puestos a su alcance—con técnica y maestría—para la original interpretación de su papel, que ni en un solo momento decae en interés ni en belleza interpretativa. Es genial su triple interpretación, en el papel de su padre, él mismo y su primo tuerto.

La dirección ha conjuntado admirablemente la emoción y el interés—sin olvidar lo suntuoso—al servicio de una interpretación.

FERNANDO LUIS.

ESTUDIOS

ROPTENCE

En *Roptence* sigue el rodaje de *Intriga*, dirigida por Antonio Román para Hércules Films, Sociedad Anónima, e interpretada por Julio Peña, Blanca de Silos y Manolo Morán.

CEA

Próximamente, en C. E. A. comenzará el rodaje de tres películas cortas para Andalucía Films, Sociedad Anónima, dirigidas por Jesús Rey e interpretadas por Roberto Rey y María Luisa Girona, tituladas *Otoño*, *Alegrias* y *Hasta mañana*. La cámara la llevará Arroyo, y será ayudante de dirección Juan Arrabal.

CHAMARTIN

En Chamartín se rueda *Deber de esposa* para Suevia Films—Cesáreo González—, dirigida por Manuel Blay y supervisada por Florián Rey e interpretada por Conchita Tapia y Gabriel Algara. Cámara de Barreyre y decorados de F. Escriña y Simó.

Una novela de Próspero Merimée, en la pantalla

Dentro de poco se iniciará la preparación del film "Colomba", reducción cinematográfica de la novela de Próspero Merimée, el autor de "Carmen". Se trata de una realización de gran interés, un film de masas y de ambiente campesino, que será rodado casi exclusivamente en exteriores.

Dada esta característica del film, la dirección ha sido confiada a Giacomo Pozzi Bellini, autor de numerosos documentales.

LOS DIRECTORES

Por primera vez en su vida cinematográfica, el gran director Gonzalo Delgrás—premiado en su película *Un marido a precio fijo*—rueda una película en los Estudios cinematográficos madrileños.

El gran director, con Marta Santaolalla y Carlos Muñoz, está realizando para Cifesa en los Estudios de la C. E. A. la adaptación de la novela de Carmen de Icaza *Cristina Guzmán*. La cámara está a cargo de Goelberges.

FICHA TECNICA

Título: *Intriga*.

Argumento: Wenceslao Fernández Flórez.

Adaptación y guión técnico: Antonio Román y Pedro de Juan.

Diálogo: Miguel Mihura.

Dirección: Antonio Román.

Ayudantes de Dirección:

Eduardo de la Fuente.

Alejandro Perla.

Secretaría de dirección: Asunción Nile.

Primer operador: Michel Kelber.

Segundo operador: Cecilio Paniagua.

Decorador: Francisco Escriña.

Realizador de decorado: Emilio R. de Castro-viejo.

Jefe de producción: Pedro de Juan.

Ayudantes de producción:

Alberto A. Cienfuegos.

Alvaro Núñez.

Regidor: Antonio Montoya.

Música: Salvador Ruiz de Luna.

Ingeniero de sonido: Antonio Rocas.

Ayudante de sonido: Felipe Sanz.

Maquillador primero: Rafael Cobane.

Montador: Juan Doria.

Atrezos: Antonio Luna.

Vestuario: Bennett.

Estudios y laboratorios: Roptence, S. A.

Sistema de sonido: Breussing-Roptence.

Producción: Tomás Botas.

Distribución: Hércules Films, S. A.

Artistas principales:

Julio Peña.

Blanca de Silos.

Manolo Morán.

Guadalupe Muñoz Sampedro.

José Portes.

Mari-Cruz.

MARIDO POR UNAS HORAS

Paolo Bianchi es un joven viajante de comercio, comisionista en dulces. Reside en la ciudad, pero, por razones de trabajo, se ve obligado continuamente a viajar. Por consiguiente, de un tren corre a una diligencia, galopa de un pueblo a otro, y todo esto para poder mantener con decoro a la familia, compuesta de mujer y tres hijos.

Una mañana, partiendo como de costumbre para sus negocios, olvida el abono ferroviario. En el tren se encuentra con el revisor, el cual, hallándole sin su abono, y al mismo tiempo molestado también porque Paolo se ha entrometido en una discusión defendiendo a una viajera, María, también ella sin billete, le hace bajar en una estación intermedia para aclarar si efectivamente posee o no el abono. Aclarada la verdad, Paolo puede continuar su viaje en una diligencia. Por casualidad, en esta misma diligencia se encuentra también María. Es una joven graciosa y tímida, y al parecer, de poca salud; Paolo tiene compasión y se interesa por ella; ella, confiada por el aspecto leal y bueno del joven, le confiesa el motivo de su desesperación. Hija de acomodados campesinos, dos años ha había ido a la ciudad para trabajar. Se enamoró de un joven que, aprovechándose de su poca experiencia, la sedujo, abandonándola después. Ahora lleva en su seno el fruto de aquel amor. ¡Si al menos el hombre que la engañó la hubiese acompañado a casa, fingiéndose su marido! Conmovido por las lágrimas de la muchacha, Paolo concibe una idea arriesgadísima: pasar él por el esposo legítimo de María. Y así, en la patriarcal hacienda, Paolo es acogido como un hijo, aunque todos se hayan mostrado un poco sorprendidos por este matrimonio tan improvisado. Paolo esperaba, alegando motivos improporables de trabajo, el poder partir en seguida. Pero las cosas se complican. Se ve obligado a quedar y participar a una fiesta; así pierde la diligencia de la noche y no tiene más remedio que entrar con María en la habitación preparada para el nuevo matrimonio; pero después, cuando todos duermen, baja a la cantina, donde pasa toda la noche sentado en una silla. Se encuentra molesto por todos estos contratiempos; pero aquella calma y silencio en medio del campo, entre aquella gente ingenua y buena, sirve de bálsamo a su corazón, siempre agitado por el trabajo de hombre de ciudad. Y cuando, por una combinación, la familia de María descubre el engaño, trata con tanto entusiasmo y tanta humanidad el caso de la pobre muchacha, que consigue, primero, convencerlos, y más tarde, convencer a invitados y familiares a considerar sola-



Marta Santaolalla y Rafael Durán en una escena de *La Condesa María*, de Cifesa.

mente la realidad de la nueva vida que María lleva en su seno, y por lo tanto, a perdonarla.

Así Paolo vuelve a la ciudad, a su trabajo, a su mujer y a sus hijos. El breve paseo entre las nubes ha terminado.



Blanca de Silos y Ramón Elías en un momento de la película *Intriga*, que dirige Antonio Román, de la productora Hércules Film.

"GIORNALINO DI GIAN BURRASCA"

Uno de los más curiosos libros escritos para chicos por autores italianos después del célebre *Pinocho*, es el *Giornalino di Gian Burrasca*, que dentro de poco será llevado a la pantalla. Se trata de una novela debida a la fantasía de Luis Bertelli, uno de los escritores más originales para chicos de los últimos cincuenta años; es una novela que hasta hoy ha sido leída al menos por tres generaciones, gustando tanto a chicos como a grandes. En ella se presenta la vida de una modesta familia vista por el ojo agudo e inocente de un niño que no se cansa de hacer las más absurdas trastadas, describiéndolas después cronológicamente en su diario.

Hasta este momento no se conocen los nombres de los intérpretes ni de su realizador, pero el guión merece ser señalado con anticipación, por la feliz idea de su elección.

UN FILM DE ASSIA NORIS

En los estudios de Cinecittá continúa el rodaje de *Una historia de amor*, el nuevo film dirigido por Mario Camerini, e interpretado por Assia Noris. Este film hará destacar completamente, de toda la precedente producción, a esta pareja cinematográficamente célebre. Camerini, que ha sido siempre el poeta de los amores ingenuos y de la pobreza serena, trata esta vez un argumento rudo e incisivo, en el que tanto Assia Noris como él aparecerán bajo un nuevo aspecto.

Otros intérpretes de *Una historia de amor* son Piero Lulli, Carlo Campanini y Guido Notari.



Roberto Rey y María Luisa Geroña, que interpretarán la película corta *Otoño*, de Andalucía Films, Sociedad Anónima, que dirigirá Aristizábal.

La Moda



Gabán, amplio y cómodo, de línea suelta. Las mangas van estrechándose hacia las manos. Tela de tonalidad clara gris.

"Tailleur", muy recto de línea; falda estrecha y recta de longitud normal, con chaqueta larga, más ceñida que en modelos anteriores a esta temporada.

Traje con bolero corto apoyado sobre un chaleco de piqué blanco. Puños a juego. MODELO MADELINE DERAUCH.

CRONICA DE LA MUJER

DETALLES FEMENINOS

por MARIA TERESA

¡Cuántas mujeres relativamente sencillas deben su principal encanto, su elegancia, a un simple detalle, tal como los broches o los cinturones tan en boga en España!

Desde hace algún tiempo se nota en este terreno una diversidad y un esmero tal, que no puede por menos de resultar muy interesante para aquellas mujeres que dedican algunas horas del día a estudiar las últimas innovaciones que se han efectuado en el campo de la moda, para elegir las que han de ir más a tono con su personalidad.

En los escaparates de las principales casas se observa una gran variedad de pendientes, cinturones y broches de todo género, a fin de que cada uno pueda armonizar con el vestido que más tarde deberá adornar. Muchos cinturones son de cuero o de piel en varios colores, pero también hay bastantes de tela con anillas grandes doradas.

Una de las interpretaciones más encantadoras y elegantes, consiste en colocar al lado del escote, sobre un vestido ligero naturalmente, un broche cuya vena central está formada por rubíes y los nervios de la misma por brillantitos.

Desde luego, no hay nada más sencillo que unos bonitos "clips" para las orejas; sin embargo, es preciso tener una gran seguridad en el gusto para armonizar con el estilo de toaletas que se lleven, evitando la chocarrería. En efecto, todo el mundo conoce los felices efectos de los pendientes o "clips" de pasta con alguna mezcla de colorido como el negro o el rosa, el azul y el blanco, por no citar más que éstos, pero es preciso evitar, en la medida de lo posible, estas combinaciones demasiado clásicas si se quiere dar un carácter personal. Hay que buscar a veces efectos imprevistos que tengan un encanto nuevo. Y en esto como en los cinturones debe dejarse a la inspiración de cada una la elección de estos coloridos, ajustándose desde luego al color del vestido.

PENSAMIENTOS

Es gran desgracia la de la mujer que tiene poco que desear y mucho que temer.

La modestia consiste en creer uno sinceramente lo que es y lo que vale; esto es penosísimo para la mayoría de la Humanidad.

Si una mujer quiere depender siempre de los demás no tiene más que ser desordenada.

Amor que duda, no es amor, es una mezcla de egoísmo y preocupación casi en las lindes del desamor.

La habilidad suprema consiste en poner y dejar las cosas y las personas en el sitio que les corresponde.

Si conoces que vas a enojarte cuenta hasta diez antes de comenzar tu réplica. Si, no obstante, prosigues enojada, vuelve a contar diez veces diez. Y si después de tantos números, notas que prosigue tu disgusto, es mejor que, sabiamente, abandones con cualquier pretexto la discusión y te ausentes.

No olvides que un marido fatigado por su trabajo está en el peor momento para exponerle problemas caseros. Es mucho mejor aprovechar los instantes de alegría y expansión para pedir su consejo o para formular el tuyo.

La mujer que selecciona sus amistades con un criterio riguroso procura el bien para su familia con un elevado concepto de inteligente prudencia.

Los maridos arman una revolución

En todos los países civilizados los maridos raramente soportan la coquetería de sus esposas. Los caprichos de la moda arruinan y alteran los presupuestos de la casa; a cada instante la "dueña y señora" clama que "no tiene nada que ponerse", porque el vestido que se compró hace un mes parece ya anticuado y hay que sostener las apariencias. Y, con ayuda de los comerciantes, emplean mil estrategias para sostener esta locura.

Los maridos norteamericanos, que al parecer son los más mortificados por sus respectivas mujeres en provecho de las casas de modas, enarbolan el estandarte de la revolución. En la Carolina del Norte han fundado una Sociedad a fin de poder conseguir del Senado una Ley que regule el traje de las bellas hijas de Eva. Piden una especie de uniforme cuyo tejido varíe según las estaciones, pero que sólo se renueve en épocas determinadas.

¡Pobrecitas yanquis!

DIME TU SECRETO

JAPONESITA DE OJOS VERDES.—Tu caso, simpática amigueta, es tan viejo casi como el mismo Mundo; él me demuestra una vez más que el sentimiento del amor marcha en pleno siglo XX lo mismo que en el XVIII, sobre ruedas. Tú ves delante de ti el problema de decidirte por el ingeniero de brillante carrera o el estudiante de Medicina que has conocido desde niña, y por el que siempre tuviste un afecto tan grande que bien pudiera traducirse en cariño. Yo no puedo decirte más que no teniendo preferencia por ninguno de estos dos muchachos, te dirijas allí donde veas más valiosa previsión. Pero tú querrías..., no sé por qué me parece, un consejo más definitivo. ¿Mas quién sabe más que la mujer en cuestiones sentimentales?

¿QUIEN SOY YO?—A mí me parece eres la misma que el año pasado, con la única variación de que entonces no te velas acometida por las mismas vaclaciones que hoy día tienes. Te recomiendo, principalmente, que vigiles mucho ese carácter y no mezcles en él valores que no tienen ninguna relación. Sigue esperando con la sonrisa en los labios y el corazón juvenil a flor de piel; es más, yo puedo asegurarte que conozco a muchas muchachas que triunfan en las grandes capitales, que cambiarían los éxitos de su vivir dinámico por el remanso tranquilo de un pueblecito alegre y sencillo. No hagas caso de los consejos que te han dado, pero escucha lo que dicte tu corazón, que siempre es lo seguro, aunque a veces podamos haber sufrido una lamentable equivocación.

LECTORES DE ESTE SEMANARIO desean intercambio de correspondencia con señoritas simpáticas y sentimentales.

¿QUIERES SER BELLA?

PATITAS.—Por fortuna, creo ya no existe en ningún rincón del mundo mujer que no se cuide de conservar sus manos blancas y suaves. Las manicuras, hoy en día, se ha comprobado no son absolutamente necesarias, y una mujer cualquiera puede cuidar de la belleza de sus manos sin gran dificultad, por procedimientos sumamente sencillos; hoy te daré uno: en un recipiente pequeño se echa agua hirviendo y un pedacito de jabón que se destrozará rápidamente; allí se introducen las puntas de los dedos por espacio de cinco minutos; al cabo de ese tiempo, se secan y se aplica alrededor de las uñas una pizquita de vaselina, mientras se igualan y redondean con la lima. Después, con unas tijeras muy finas se cortan todos los pellejitos de alrededor, y una vez terminada esta operación, se aplica a las uñas una pasta cualquiera y se frota con el "polissoir", cuando solamente se trate de tenerlas brillantes, como en tu caso.

Durante la semana bastará con aplicarse la vaselina por la noche y ilustrarlas a la mañana siguiente. No te recomiendo el uso de las tijeras para el corte de uñas; con la lima basta.

CASTAÑA.—Para quitar las espinillas y ablandar la piel, antes de untarse la crema o lociones, se exprime una toalla mojada en agua caliente. Desde luego, hay que evitar que la toalla esté tan caliente que quemé la piel. Se aplica a la cara, apretando bien en las curvas y oquedades de los ojos, la nariz y la boca; se repite esto varias veces, hasta que la piel se ablande y se ponga bien rosada.

Los poros muy abiertos de la cara ceden más pronto a las aplicaciones de un astringente que a la crema. La razón de esto es que el astringente tiende a cerrar los poros, en tanto que las cremas, llenándolos, tienden a tenerlos abiertos.

TODAS CUANTAS LECTORAS DESEEN HACER ALGUNA CONSULTA SOBRE BELLEZA PUEDEN DIRIGIRSE AL SEMANARIO "TAJO", ALCALA, 128, MADRID, HACIENDO LA INDICACION DE "CONSULTORIO DE BELLEZA".

Muchos días de invierno, en los que la lluvia nos empuja para salir de compras o para ir al cine, quedamos en nuestra casa, cumplidos los menesteres del hogar, y parece que—aliviamos nuestra inactividad sentándonos junto al balcón provistas de buenas agujas y de redondas madejas de lana.

El jersey crece entre los dedos, y cada nueva vuelta acorta los minutos que restan para la hora del regreso de los seres queridos.

A veces templamos la mirada, en gustoso descanso, a través de los vidrios. El pecho se ensancha de satisfacción considerando que no tenemos necesidad de salir con tan mal tiempo, y nos produce lástima el ir y venir de los calados viandantes. ¡Pobrecillos!

Pero las gotas de agua enturbian el urbano paisaje. Las últimas horas de la tarde se pasan con un regusto melancólico bastante agradable. ¡Qué grato es nuestro hogar!

CONSULTORIO

PRACTICO

MARGARITA TROYANO.—Para contestar a tu nueva consulta es necesario vuelvas a escribir otra vez enviándome un seudónimo, ya que a las consultas de esta índole no es costumbre contestarlas particularmente. Siempre dispuestos a complacerte.

PILARA.—El zumo de tomates es excelente para quitar las manchas de tinta, vino y frutas.

CAOBA.—Si pones un poco de alcanfor en el cajón de la plata evitarás el tener que limpiarla con tanta frecuencia.

MIML.—Para los dolores de cabeza nerviosos da excelentes resultados una taza de té cargada, que contenga dos o tres rajitas de limón.

LLEYA.—Para evitar que se deshagan los huevos duros al cortarlos en rajitas finas, no hay nada más que mojar el cuchillo en agua.

RUBIA PLATINO.—Un buen procedimiento para prolongar la conservación de las flores, que tanto embellecen el hogar, consiste en diluir una pastilla de aspirina en el agua que se utilice para llenar el florero. Es muy conveniente rociar las flores, todos los días, con un pulverizador lleno de agua. Esta operación imita el efecto del rocío.

HOGAREÑA.—La gamuza se limpia perfectamente con bencina. Para limpiar los guantes es conveniente ponerlos, y en esta disposición frotarlos con un trapo limpio impregnado de bencina. El trapo ha de cambiarse conforme va manchándose con la suciedad del guante.

ATURDIDA.—En efecto, la dueña de la casa es la que debe hacer los honores de su domicilio a las visitas. No es oportuno delegar este cuidado, y si cuando entra el visitante se está atendiendo a una conversación, es fácil excusarse con los interlocutores para acoger a los recién llegados por sí misma.

REPORTAJES DE TEATRO

**CELIA GAMEZ
viste unos harapos en
su próximo estreno
que le han costado
825 pesetas**

**LA POPULAR VEDETTE NO PUEDE
CANTAR SI NO ESTA LLENO EL
TEATRO**

Ensayo en el teatro Eslava. En la fea desnudez del escenario, la figura simpática de Celia, que canta un fox de la nueva obra acompañada al piano por uno de los autores de la partitura. Las vicetiples se agolpan en último término, emparejadas con los "boys", atentos a la señal de intervenir.

Celia canta y de vez en cuando nos mira a nosotros, que estamos en la tercera fila del patio de butacas; al hacerlo parece asustarse, y rápida, gira la vista por el teatro vacío. Hasta que una de las veces se calla y se



bre las notas del piano, que sigue tocando el fox, exclama:

—¡No puedo! ¡No puedo cantar así!

Su voz, de acento argentino, se nos hace grata, muy grata.

—¿Entorpecemos acaso nosotros en algo...?

—¡No, por Dios!—nos corta Celia—. Es que no me hace el teatro vacío. Noto la falta del público. ¡Yo así no puedo cantar!

La causa de la interrupción nos hace gracia. Por otro lado, no es extraño, pues la diferencia de cantar con el teatro lleno a cantar con él vacío es tan grande, que a muchos célebres cantantes les impidió ensayar las obras debidamente. Y además, sabido es que Celia siempre trabaja con el teatro abarrotado.

Subimos al escenario, y cuando José Luis Sáenz de Heredia, autor con Vázquez Ochando del libro, la convence de la imposibilidad que hay de ensayar durante las dos funciones del día, le rogamos que nos dé su opinión sobre *Si Fausto fuera Faustina*.

—Sólo puedo decir que estoy entusiasmada con ella, que tengo un papel muy bonito y que espero un éxito, si cabe, aún mayor que el de *Yola*.

—Según tenemos entendido, Celia, usted sale en el prólogo de la nueva

obra vestida de harapos. ¿Nos podría decir quién se los ha regalado?

Al principio parece sorprendida de la pregunta; pero luego sonríe y nos contesta:

—Me han salido muy caros; más que cualquiera de los modelos que luzco en el resto de la obra. Exactamente, creo que han costado 825 pesetas.

—¡Pobres pobres!—exclama José Luis Sáenz de Heredia—. Como sus harapos les salieran tan caros...

—Tú no entiendes de estas cosas —le replica Celia—. Los vestidos de la mujer siempre resultan caros.

—Claro está—terciamos nosotros—que la obra cubrirá con creces los gastos.

—¡Es que si no los cubriera!...

—¿Cuánto ha ganado usted con *Yola*?

Celia se encierra en una sonrisa enigmática.

—*Yola* ha dado de cuatro a cinco millones—nos dice, y ante nuestro asombro, continúa: —Si, pero esa cantidad, amigo mío, hay que distribuirla luego entre autores, intérpretes y gastos generales... Teatro, decorados, sastrería... ¡Uf! ¡Qué sé yo la de cosas!

—Sí, vamos, que a usted no le han quedado más que cincuenta céntimos. ¿No es eso?

Y Celia suelta una carcajada que se va a perder en los telares, junto a los nuevos decorados.

—¿Qué proyectos tiene para después de esta obra?

—Tengo otra ya convenientemente preparada. Se llama *Carambola*—bonito título, ¿no?—, y son sus autores Mariano Rodríguez de Rivas, Martín y los maestros Irueste y Juanito García. Con esta obra, si *Faustina* lo consiente, daré feliz remate a mi temporada madrileña. Es un alarde de finura y de gracia, de esa gracia y finura que tiene Marianito para escribir.

El maestro Quinteró se ha sentado de nuevo al piano, y haciendo sonar algunas teclas, como disponiéndose a tocar, nos da a entender que estamos interrumpiendo el ensayo, en vista de lo cual nos despedimos y hacemos mutis por el foro.

JUAN DE DIEGO.

"CUENTENOS SU MEJOR ANECDOTA..."

TINA GASCO

No sé si, hablando con propiedad, será o no será anécdota lo que voy a contar como si lo fuera, pero a mí me hizo muchísima gracia. Fué



en Granada, cuando yo iba con Orta en su compañía. Estrenamos una comedia en la que yo hacía un papillito de tonta, muy gracioso; tan

gracioso, que la gente me hacía repetir las frases para volverse a reír. Al día siguiente, un crítico me decía textualmente, desde las columnas de su periódico: "La señorita Gasco hizo una verdadera creación de su papel de tonta, aunque bien es verdad que para conseguirlo *no tuvo que esforzarse mucho...*" Será o no será anécdota, pero que me llamase tonta de una manera tan distraída me hizo mucha gracia.

JOAQUIN ROA

¡Cualquiera sabe lo que tiene gracia! De mi vida quizá tenga gracia la recogida que hice de habas en una huerta de Tarazona cuando no iba público al teatro; o el comentario de *A B C* cuando ingresé en el teatro de la Comedia, que me decía actor de *buena ropa*, en vez de buena cepa, como seguramente escribió el autor del comentario; o aquella ovación cerrada que me dieron en Burgos cuando me mató el galán representando *Las dos huérfanas*, y al ver que se me venía encima el telón me levanté, cadáver y todo... ¡Tantas cosas de éstas suceden bastidores adentro! Pero, en fin, usted sabrá hinchar cualquiera de estas que le apunto hasta que le dé las líneas requeridas...

MILAGRITOS PEREZ DE LEON

¡Ah!, ¿pero tú no sabes que soy la más joven detective del mundo? Pues sí, hijo; lo que pasa es que no me gusta decirlo, para que no crean



que me doy "pote". Pero es verdad. Cuando aun no había cumplido dos años descubrí a un miembro de la banda de Al Capone, y gracias a mi labor detectivesca le prendí la Policía. Verás: regresábamos de América, yo en los brazos de mi padre. La Policía estaba en el puerto y vigilando dentro del barco para impedir la fuga del famoso bandido, que se había escapado de la cárcel. Momentos antes de marchar el barco me fijé en unos espléndidos bigotes que tenía un señor que estaba a mi lado, y como a mí siempre me han gustado extraordinariamente (recuerdo que mi padre se los dejaba cuando me enfadaba con él para que hiciésemos las paces), fui y, ¡cata-pún!, me agarré a ellos y, ¡asómbrate!, me quedé con ellos en la mano, porque eran postizos y el señor que los llevaba el miembro de la banda de Al Capone. Conque, ¿qué te parece? Todavía guardo un diploma que me dieron declarándome la más joven detective del mundo... ¡Gracia que tiene una!

NOTICIERO TEATRAL

Jardiel Poncela ha salido para Barcelona, reclamado por algunos empresarios que quieren la exclusiva de sus obras para la Ciudad Condal y varias Casas de cine que se disputan el pase al celuloide de sus últimas producciones.

Cuando *Filigrana* decaiga, que va para largo, Tina y Fernando estrenarán una obra de Torrado que se titula *El ladrón de gallinas*.

Laura Alcoriza, que se ha separado de la compañía de María Fernanda, y Carmen Medina, que trabajaba en el Teatro Nacional, han sido contratadas por Arturo Serrano para reforzar su elenco con vistas al estreno de *La Duquesa Chiruca*.

Se habla de que Celia Gámez ha comprado una casa en el paseo de Recoletos y de otras muchas cosas, entre ellas, que piensa construir en esa casa un teatro. ¿Será para seguir explotando el éxito de *Yola*?

El mar nos trajo una flor es el título de un poema dramático original del novel autor César de Haro, que ha sido leído con mucho éxito a un grupo de distinguidas personalidades. El éxito y el grupo de distinguidas personalidades nunca falta en las lecturas. ¡Ya es hora de que vayamos siendo originales!

Somoza, que, como ustedes saben, está decidido a volver a trabajar, se ha puesto al habla con la Empresa del Reina Victoria por si hay alguna fecha libre en este teatro.

Rivelles tiene en proyecto montar *El gran galeoto*. Pero de hacerlo sería contando con Amparito Rivelles y D. Enrique Borrás.

Andrés Revesz y Enrique del Corral tienen una comedia en colaboración, sacada de un cuento húngaro, que esperan estrenar muy pronto. No conocemos el título de la obra, pero sí sabemos que es de una gran comicidad y que el primer actor aparece en escena al principio y no se mueve hasta el final de la obra.

Enrique Gultart ha estrenado con gran éxito en el Poliorama de Barcelona la comedia de Dario Nicodemi *El vuelo*.

También en Barcelona se ha estrenado la zarzuela *El divo*, libro de Luis Porres y música del maestro Díaz Giles. *El divo*, como se sabe, está basado en algunas estampas reales de la vida de Fleta, y Marcos Redondo, que encarnó el personaje central, alcanzó uno de los mayores triunfos de su vida artística.



UNA NOVELA SENTIMENTAL

JACOBO Y LAS AMAPOLAS

POR VICTOR RUIZ-IRIARTE

I

Por entonces—era en 1912—yo acudía todas las tardes, al anochecer, a mi rincón predilecto del viejo café solitario. Desde el largo ventanal apaisado, recorridas las cortinas de muselina floreada, he visto, silencioso y ensimismado, cada día un poco más pálido, como transforma sus gamas del otoño al estío la maraña verde que sirve de fondo al paseo, a este paseo recoleto de lindas gracias urbanas, con sus frondas ingenuas de boj y de castaños, con sus bóvedas verdes de acacias en el ardén, con los suavísimos taludes de césped rematados por largas filas de hortensias y de amapolas... Las horas en aquellos días—mi mejor juventud—transcurrían al margen de mi propia vida, tan vulgar y tan sencilla, en continua y voluptuosa espera de la dicha más insólita y alucinante. Retrepado en el respaldo del rojo diván, mi gran cartera de cuero con mis libros, mis cuartillas y mi pluma sobre la mesa, sosteniendo entreabiertos los visillos de florecitas, fumando seguidamente uno tras otro muchos cigarrillos y solo—¡solo en medio de mi propia imaginación, llena de piruetas y cabriolas, donde todos los gnomos del sueño daban sus más alegres volteretas!—debí parecer a los habituales del viejo café—bien lo comprendo ahora—un último retoño del "fin de siècle", un enfermo romántico que hacía "dandysmo" de su propia melancolía, o simplemente un muchacho decadente y sentimental. Yo, muy lejos de todo, mantenido en vilo sobre el mundo, dormido en secreto sobre la semidicha de mi mente; de viaje, impúdico y desvergonzado, por mi futuro, como un dios menudo que inventa vidas ayudado por el ángel apócrifo de las ventanas paradisíacas, permanecía absorto, entre garabatos de humo, con la vista fija en el castaño más alto

del paseo o en las tracerías Luis XV que decoraban el techo del café. Sólo las voces maquinales de todos los días me hacían volver en sí de mi hermoso desmayo:

—Señoritas... ¡Pero qué distraído es el señorito! Se entra el café.

—Señorito Jacobo. Su periódico.

Y en la mesa quedaba el café con leche, frío al cabo; y el diario sin desplegar, y el libro sin abrir y las cuartillas intactas... Mientras, a diario igual, la tarde acababa candorosamente; siempre llega así el anochecer al paseo, envolviendo en niebla azul los árboles, la rica fachada de la Biblioteca, y los transeúntes que a esta hora tienen un andar perezoso, de alegre tristeza. En la ciudad, la anochecida es el más bello primor de los días: irrumpe ingravida, ligera, como una adolescente vestida de vuelos gentiles. A esta hora llegaban al café los parroquianos habituales, que, con solemne regodeo, ocupaban sus rinconadas favoritas, después de cambiar entre sí saludos y sonrisas como gentes que se reconocen luego de larguísima ausencia. A diario eran los mismos; junto al mostrador sentábanse cuatro o cinco individuos de traza cansina y sabihonda y ojos de picardía; eran curiales veteranos, que a las seis habían dejado su mesa en el bufete o la notaría y desplomaban grotescamente su humanidad sobre el peluche del diván. Tenía su asiento frente a mí la señorita Avelina (aprendí su nombre al oír el saludo que le dirigía, cariñosa, la dueña del café) con sus dos sobrinitas. La señorita Avelina era pequeña, delgada, el pelo teñido de rubio y la mirada con sus brillos quietos como de cristal. De toda ella fluía, como sucede a todas las viejas solteras, un vaho de peregrina suficiencia. Escuché un día, sin quererlo, su historia sentimental: la señorita Avelina dedicó su vida—una larga siesta de

todos los anhelos—al cuidado de esas dos sobrinas menudas y rollizas, hijas de un hermano trotamundos, para quien resultó pequeña la inmensa cosmografía de un sólo amor. Avelina, la dulce Avelina, atraída, sin duda, por mi facha mohína y mi pálida juventud, me sonreía delicadamente al pasar cerca de mi mesa con sus sobrinitas de la mano...

El café perdía a esta hora su delicioso silencio, esa calma sensual y rica que tienen los refugios adonde acudimos contentos las gentes que necesitamos un poco de tristeza. Los curiales discutían de política en alta voz; la señorita Avelina enseñaba compostura a las niñas para tomar la leche y los bollos. Dos o tres matrimonios, reunidos cabe el espejo del fondo—ellos de negro, con su cuello planchado, su honzo y su bastón entre las rodillas; ellas charlatanas, risueñas, empolvadas, con sus velitos sobre la frente cargada de rizos—, hablaban a viva voz: ellas de sus cosas; ellos tenían parla docta sobre el mundo mal gobernado. Y casi siempre, alrededor de las seis, abríase la cortina de terciopelo de la entrada y aparecía en el umbral una figurilla insignificante, una sombra diminuta. Era la anciana señora que invariablemente se sentaba en la mesa contigua a la mía todas las tardes. Atravesaba el salón apoyada en el brazo respetuoso de Damián, el viejo camarero, dócil y sumiso como un servidor al viejo estilo, y amparada además por un fino bastón de puño de plata. La anciana abandonaba en la calle su elegante berlina de charol, coquetamente ornada por sus cortinillas violeta, tirada por un caballo claro como una cabellera rubia, al mando de un cochero siempre en testura de gran señorón, ataviado muy donoso de calzones blancos y chata chistera de roseta. Tenía la dama, aun en su renqueante andar de reumática, un maravilloso e impresionante mohín de señorío. Toda de negro, su abrigo de terciopelo, su manteleta sobre los hombros, las finas crenchas de encaje que orlaban sus muñecas. Con su cara blanca y sus ojos suavemente humedecidos, sus cabellos blanquísimos y su sombrero, redondo como una cofia, la señora tenía el novelesco donaire de una dulce castellana bretona...

II

Una tarde algo trascendental desizo para siempre la isócrona monotonía de mis horas en el café. Sucedió en otoño, cuando el paseo, después de una llovizna fresca y breve, se ponía gozosamente a secarse al sol. La tierra húmeda, los árboles mojados, las amapolas empapadas con su rojo más retozón; la Biblioteca chorreando agua por sus cornisas de grueso relieve, hacían más seductor aún el eterno encantamiento de la avenida, que yo contemplaba indolente desde mi vidriera. A lo lejos, entre las acacias, apareció la berlina de la señora, mi vecina de mesa en el café. Venía al trotecillo burlón de aquel caballo, mozo y nervioso como el alazán de una infantina, conducido por el tieso lacayo de británica apostura. Recreándome en la escena bien sabida, vi, por entre las cortinillas, cómo a un respingo del caballo se detuvo la berlina; saltó el cochero del pescante y, abierta la portezuela, bajó al estribo, gentilmente entumecida, la señora, pero con una sonrisa nueva, más nueva todavía que el nuevo color de las amapolas recién llovidas... Volvióse con ligereza y aguardó el regreso de alguien más que quedaba en el interior del carruaje. Casi de un salto, una muchacha, vestida de azul claro y el pelo suelto en gozosa melena, se plantó riendo al lado de la anciana. Pude verla a mi antojo, mientras las

dos cruzaron el café para sentarse a mi lado, en medio de la cínica curiosidad de los notarios y los matrimonios circunspectos. Era breve, delicada; tenía labios gruesos y ojos contentos. La cintura angélica, dócil y prieta, como para ceñida en el castísimo abrazo de los vales de Strauss, que los jóvenes divertidos gustaban entonces. Los brazos desnudos hasta el codo, unos brazos blancos y redondos, entrevistados bajo el calado de unos guantes de finísimo perlé. Y sobre los ojos, llenos de brincos, un velito de tul de buen pudor...

Senti—lo reconozco—bastante rebullido interior cuando la anciana y la niña apostaron en la mesa contigua. Entonces—¡1912!—los jóvenes eramos tímidos. La muchacha, a mi lado, sin reparar en mí, se encará pronto con la perspectiva del ventanal, que, como un minucioso lienzo ochocentista, mostraba grandísimo trozo del paseo. Y habló, habló despreocupada en absoluto de la admiración que había promovido en el rincón de los curiales o en los celillos que rebucian en los ojos de la señorita Avelina. Habló con una voz delgada que sonaba con la gracia de un violín tocado entre los árboles lejanos:

—Abuelita, ¡qué maravilla!

—¿Qué dices, niña?

La muchacha juntó las manos fascinada:

—¡Las amapolas! Dios mío, cuántas hay... Y tan grandes, tan rojas. Sería feliz si tuviese una sola.

Apenas lo pensé. Me levanté de súbito, sin mirarla. Gané con prisa y azoro, pero resuelto, la puerta del café. Salí al paseo. Allí estaba el gran macizo de césped coronado de amapolas. Cruzé la calzada corriendo y de un salto caí sobre el verde impoluto... Presentí que uno o dos transeúntes se detuvieron atónitos. Me chilló un guardia urbano. Yo, con grato desasosiego, con un gozo incierto, partí el tallo de una amapola. Cuando me hallé otra vez delante de las dos mujeres con mi florecita en la mano, tan jugosa que me humedecía las dedos, la señora hacía aún sus graciosos cabeceos de niña:

—Loca, loca, loca...

Angelita tomó la flor que yo le ofrecía y me miró con alegre risa ruborizada. Llenó de agua la copa de cristal y dejó caer la amapola dentro de este florero singular. Yo, ridículamente mudo, me sentía como enfermo por las miradas rechinantes e irónicas que, indudablemente, veían a mí desde todos los ángulos del café. La abuela, con soltura mundana, me tendió su mano de gran dama, una mano vieja y sin arrugas, como una seda antigua:

—Muchas gracias, señor. Disculpe-la. Mi nieta es una locuela.

III

Al otro día, pasada una noche de ensañaciones trepidantes y venturosas, acudí más temprano de lo que solía a mi rincón del café. Noté un visaje más pícaro que de costumbre en la sonrisa de bienvenida de Damián y vi asombrado cómo la señorita Avelina bajaba sus ojos al suelo, enfurruñada y modosa, rehuendo el cotidiano y tácito saludo... Silbé optimista y abrí de cuajo el mohoso texto de "Retórica". Y luego, cuando vuelto de espaldas Damián nadie podía sorprenderme, extraje del fondo de mi cartera de cuero una amapola fragante arrancada en el paseo, con previsora alvosía, antes de entrar en el café. Colmé de agua la copa preparada en la mesa a mi lado, coloqué dentro la amapola, cuyo encarnado hacía cien juegos

(Concluirá en el próximo número.)